

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

ARTÍCULO QUINCE.

De la influencia de la religion en la mujer.

I.

Muchos detractores tiene y ha tenido en todos tiempos la mujer, y no es tampoco corto el número de plumas que se ha empleado en su defensa, ó á lo menos en su disculpa.

Entre los primeros se cuentan algunos que, víctimas sin duda del talento ó de las astucias de esta débil mitad del género humano (fuerte muchas veces en la maldad y en el disimulo) censuran á la mujer en general y la calumnian en la ceguedad de sus resentimientos.

Entre los segundos, no pocos la defienden por espíritu de contradicción ó por parcialidad.

Si observásemos á unos y otros con detención encontraríamos que los acusadores son seres descreídos que han perdido ya todas las ilusiones que hacen amar la vida; y que los paladines son ciegos enamorados de alguna bella y virtuosa joven.

Sin embargo, ni unos ni otros se han detenido á reflexionar jamás cual es el medio de hacer buena á la mujer, ó de contenerla y corregirla si nace, por desgracia, con malos instintos.

La mujer para el hombre, en general, es una linda planta que divierte sus ojos con su hermosura en tanto está cubierta de flores, y que le hastia despues que el tiempo ó los vendavales se han llevado sus aromadas galas.

MAYO.

No obstante, los vendavales de la existencia humana son las pasiones, y las pasiones de la mujer son atizadas en vez de ser contenidas por la mano protectora del hombre.

II.

—Si quereis moralizar la sociedad, formad las mujeres, dice Mme. Capmani en sus cartas á Napoleon I.

—Si deseais formar buena á la mujer y adornarla de virtudes, grabad en su alma las dulces verdades y los santos preceptos de la religion, dice Mme. de Genlis en su tomo de Conversaciones dedicado á su educanda la joven y amable princesa Eugenia Luisa Adelaida de Orleans.

En la segunda de estas máximas, esplica la Condesa de Genlis el modo de poner en práctica la que la antecede: para formar la mujer es necesario hacerla religiosa ante todo.

La virtuosa aya de la princesa de Orleans patentizó bien claro cuanta es la influencia de la religion en el alma tierna y apasionada de la mujer, en la educacion que dió á aquella niña, vástago real de un tronco herido. Mlle. de Orleans, que habia aprendido con preferencia á todo á respetar la voluntad de Dios, soportó con heroica paciencia los trabajos y desgracias de una amarga proscripción y las miserias de una existencia errante y perseguida. En la ciudad de Brengartem, y en su convento de Santa Clara, donde habia sido acogida por los buenos oficios del General Montesquieu, se vió cercana á morir, lejos de su familia y amigos, y devorada por los pesares de muchos meses de espatriacion, fruto de las convulsiones políticas del año 1792.

Cuando sus desgracias empezaron, todavía no contaba la princesa Eugenia Luisa catorce años, y ya habia cumplido treinta y siete, cuando logró cobijar su fatigada cabeza bajo el regio techo de sus padres: siempre buena y aman-

te, fué la compañera de destierro de su hermano mayor el Duque de Chartres, y cuando este fué coronado con el nombre de Luis Felipe, Eugenia Luisa siguió siendo el consuelo de todas sus aficciones.

No obstante, las que ella habia padecido, aunque con tan admirable resignacion, dejaron en su alma una incurable melancolía, y solo fué alegre su sonrisa cuando vió abrirse la gloria, donde la esperaba para recibirla con la corona del martirio aquel Dios que la hizo pasar por tan duras pruebas, y á quien ella habia amado y respetado tanto.

Raros son, en verdad, en nuestros dias esos modelos de virtud y de resignacion: si existen, se ocultan vergonzosos á las miradas de la multitud, por temor de que esta les hiera con sarcasmos.

Y sin embargo, en tanto que la religion no despliegue su estandarte santo sobre nuestras cabezas, no hay virtud posible, ni sociedad bien organizada, y para conseguirlo, creedme madres de familia, es preciso que alisteis á vuestras hijas, desde que nacen, bajo esa cándida bandera de paz y de esperanza.

La mujer es la que forma la sociedad, porque de la mujer nace el hombre y de ella recibe su primera educacion: ya lo he dicho antes de ahora y no me cansaré de repetirlo: una buena y religiosa madre es el mentor de su hijo y ejerce sobre él una influencia ilimitada en todas las épocas de su vida.

Con dificultad se encuentra un hombre desalmado que tenga por madre á una mujer religiosa y, por consiguiente, buena; porque la religion es la fuente de donde nacen la verdadera bondad y todas las virtudes.

La madre religiosa á quien el cielo ha dado la desgracia de tener un hijo malvado, enseña á este con el ejemplo, que es la mas eficaz de todas las lecciones; cuando la correccion se ha hecho inútil para el endurecido corazon del culpable, ruega por él al cielo, y ofrece á Dios todos sus dolores en satisfaccion de las culpas de su hijo; y no pocas veces se han visto conversiones repentinas, que nos han admirado, y cuya causa verdadera han sido las súplicas de una madre á la madre santísima de Dios.

Si el Criador, por uno de sus altos fines, niega la luz de la gracia al hijo descarriado, la virtud y religiosidad de la madre amenguan siempre la severidad con que el mundo condena, en su severo egoismo, todo lo que es culpable: quizas, por la madre, se compadece al hijo, y por la madre se le ahorran infinitas humillaciones que acabarían por desenfrenarlo.

Porque es tambien una verdad innegable que la intolerancia é imprudente severidad de

la sociedad en que vivimos, exaspera índoles y naturalezas que nacen débiles ó viciadas, pero que están muy lejos de la depravacion.

Tú sola ¡oh religion santa y bienhechora! eres la dulce, indulgente y cariñosa madre que perdonas todas las debilidades del género humano, y que enjugas las lágrimas que hacen derramar aquellas, con los anchos y sagrados pliegues de tu manto!

III.

Si cada madre enseñase á sus hijas, no bien despuntase la luz de su razon, á conocer que hay un Dios creador de todo cuanto existe, la primera idea que se grabaria en estas tiernas almas, seria grandiosa y elevada: el primer sentimiento de esos infantiles corazones, seria un sentimiento de gratitud y de cariño hácia el ser bienhechor que cuida de todo aquello que aman y les agrada.

Cada niña (porque á las mujeres me refiero en este escrito), cada niña nace con algun sentimiento bello, porque no hay tierra tan estéril que solo ortigas produzca: muchas nacen dotadas de mil cualidades recomendables, y aun concedo que algunas tengan igual número de defectos; pero no hay una sola á la cual no se pueda imprimir, casi desde que nace, una idea sublime y, por decirlo así, exacta de la religion.

A la que nace, supongamos, compasiva, hágasela entender que Dios cuida de los pobres y nos manda que les demos lo que nos sobra; y enséñesela con el ejemplo y con la práctica á dar pequeñas limosnas y á sacrificar alguno de sus caprichos y diversiones para este fin. A la que está dotada de un corazon amante y afectuoso, désela á conocer, tan pronto como pueda comprenderlo, que Dios murió por nosotros, y que se dejó enclavar en la cruz para librarnos de los tormentos eternos.

Criaturas hay que, como antes dije, nacen dotadas de tan bella índole y de un carácter tan generoso y tierno que la religion se imprime en su alma sin trabajo alguno, porque el espíritu de esas almas es la religion misma: dígalo si nó la jóven Aura, hija de Sevilla, que nació cristiana siendo sus padres fanáticos servidores de Ismael: aquella alma cándida bajó del cielo al mundo trayendo tan firmemente esculpida la fé religiosa, que ni los tormentos del martirio pudieron oscurecer por un instante sus santos y purísimos resplandores.

Hoy existen tambien martirios para esas almas, aunque se haya estinguido la raza feroz é idólatra de los emperadores romanos: mar-

tirios, que son quizás mas dolorosos, pues que siendo oscuros y desconocidos, no alcanzan por fruto, como aquellos, la conversion de los que los presenciaban.

No es tampoco escaso el número de las niñas que nacen egoistas y de escasa sensibilidad: pero estas criaturas tienen en su propio egoismo un instinto que las hace amar todo aquello que da pasto á sus placeres: decidlas que los dulces que halagan su golosina, que los trages que las engalanan los deben á Dios, y que Dios las ha dado igualmente el lecho en que duermen, el fuego que las liberta del frio, las frutas que deleitan su paladar y la madre que las acaricia.

Es indudable que, al reconocer las ventajas de estos beneficios, se grabará un sentimiento de gratitud en esos tiernos corazones; y la gratitud es la puerta por donde pasan todas las virtudes, pues ella conmueve todas las fibras del alma; y el ser que la ha probado una vez, la ansia siempre como un manjar del espíritu, que ningún otro puede reemplazar.

Madres de familia! desde el instante en que inoquleis un principio religioso en el corazon de vuestras hijas, habeis cumplido la parte mas ardua y de mas severa responsabilidad de vuestra sagrada tarea! No bien sembréis en él la hermosa planta de la religion, pedid á Dios que profundice sus raices, y empleando un poco de esmero en cuidarla, es seguro que pronto recogeréis riquísimos y ópimos frutos.

IV.

Nada he visto mas dulcemente poético, mas tierno y que ejerza mas atractivos que la adolescencia religiosa: mas de una vez me he detenido detrás de una jóven, que no llega á diez y seis años, y que oye misa en una pequeña capilla que yo visito con frecuencia.

Esa jóven, á la cual acompaña una señora de mediana edad, reza despues de concluido el santo sacrificio, á los pies de una imagen de María, y yo creo que un lazo de amor une á la Reina del cielo y á esa niña tan tierna y melancólica que mora en la tierra.

„Yo compadezco, dice mi amiga Carolina Coronado en la novela que lleva por título *La Sigea*, yo compadezco en el fondo de mi alma á las ignorantes é insensibles mujeres que no comprenden la magestad de la Virgen María, y que no sienten hácia ella el entrañable amor que mantiene puras á las doncellas, que hace castas á las esposas y tiernísimas á las madres. Si hay para la mujer una amistad verdadera, que pueda consolarla de las innatas pesadumbres de su condicion; si hay una proteccion se-

gura que la libre de las malas pasiones, esa es la amistad y la proteccion de la Virgen María. La vanidad, la inmodestia, el egoismo, la dureza del corazon, la frialdad del alma, son el castigo de las que no comprenden ni aman á la madre de Jesus.—“

Indudablemente la jóven á que aludo, comprende y ama á la madre de Dios: indudablemente la mujer que la dió el ser la ha dispensado el inestimable beneficio de enseñarla á conocerla y amarla: pero ¿qué culpa tienen de carecer de este bien aquellas con quienes nadie se ha tomado semejante trabajo? Si la vanidad, el egoismo, la inmodestia, la dureza del corazon y la frialdad del alma son el castigo de las pobres criaturas que no conocen la dicha inestimable de amar la religion, ¿no ha de reservar Dios mayor castigo para las madres que no enseñan á sus hijas lo que deben saber?

—Esas madres, me contestará quizás alguno de los defensores sin seso de la mujer, de que antes hablé, esas madres no aprendieron tampoco á su vez lo que pretendes que enseñen á sus hijas.

¡Ay! Demasiado lo sé! Y por eso quisiera que mi voz fuese bastante robusta y mi pluma harto autorizada para imponer á la sociedad, como ley, un deber, sin cuyo cumplimiento no hay felicidad posible en la tierra.

Vosotros, detractores de la mujer: vosotros que acusais su vanidad, su coquetismo, su falsía: examinad su índole y sus sentimientos con detencion antes de condenarla, y vereis como casi siempre tiene la culpa de sus faltas el descuido de su educacion.

Vosotros, fervorosos admiradores de las gracias del sexo bello: vosotros que la defendeis por el prestigio que su belleza material ejerce en vuestro corazon, reflexionad que esas gracias que ponderais son efímeras y que cuando hayan pasado, cuando yazgan sepultadas bajo la nieve de las primeras canas, se tornará en aversion para ella vuestro cariño y en sarcasmos las vanas lisonjas de que antes las habeis rodeado.

Y, para vuestro propio bien, procurad moralizar á la mujer en vez de precipitarla en el abismo de las pasiones: vuestra inteligencia robusta, puede guiar la suya débil y vacilante; y vuestro amor puede conducirla por la senda de la religion y del deber.

Buscad, para confiarla vuestra dicha, á una jóven educada con sólidos principios religiosos, seguros de que os hará felices; pero si os toca en suerte una de esas mujeres educadas á la moda, imbuida esas saludables máximas, que son la base de todo bien y que os será muy fácil inculcarla porque estareis rodeado del ad-

te, fué la compañera de destierro de su hermano mayor el Duque de Chartres, y cuando este fué coronado con el nombre de Luis Felipe, Eugenia Luisa siguió siendo el consuelo de todas sus aflicciones.

No obstante, las que ella habia padecido, aunque con tan admirable resignacion, dejaron en su alma una incurable melancolía, y sólo fué alegre su sonrisa cuando vió abrirse la gloria, donde la esperaba para recibirla con la corona del martirio aquel Dios que la hizo pasar por tan duras pruebas, y á quien ella habia amado y respetado tanto.

Raros son, en verdad, en nuestros dias esos modelos de virtud y de resignacion: si existen, se ocultan vergonzosos á las miradas de la multitud, por temor de que esta les hiera con sarcasmos.

Y sin embargo, en tanto que la religion no despliegue su estandarte santo sobre nuestras cabezas, no hay virtud posible, ni sociedad bien organizada, y para conseguirlo, creedme madres de familia, es preciso que alisteis á vuestras hijas, desde que nacen, bajo esa cándida bandera de paz y de esperanza.

La mujer es la que forma la sociedad, porque de la mujer nace el hombre y de ella recibe su primera educacion: ya lo he dicho antes de ahora y no me cansaré de repetirlo: una buena y religiosa madre es el mentor de su hijo y ejerce sobre él una influencia ilimitada en todas las épocas de su vida.

Con dificultad se encuentra un hombre desalmado que tenga por madre á una mujer religiosa y, por consiguiente, buena; porque la religion es la fuente de donde nacen la verdadera bondad y todas las virtudes.

La madre religiosa á quien el cielo ha dado la desgracia de tener un hijo malvado, enseña á este con el ejemplo, que es la mas eficaz de todas las lecciones; cuando la correccion se ha hecho inútil para el endurecido corazon del culpable, ruega por él al cielo, y ofrece á Dios todos sus dolores en satisfaccion de las culpas de su hijo; y no pocas veces se han visto conversiones repentinas, que nos han admirado, y cuya causa verdadera han sido las súplicas de una madre á la madre santísima de Dios.

Si el Criador, por uno de sus altos fines, niega la luz de la gracia al hijo descarriado, la virtud y religiosidad de la madre amenguan siempre la severidad con que el mundo condena, en su severo egoismo, todo lo que es culpable: quiza, por la madre, se compadece al hijo, y por la madre se le ahorran infinitas humillaciones que acabarian por desenfrenarlo.

Porque es tambien una verdad innegable que la intolerancia é imprudente severidad de

la sociedad en que vivimos, exaspera índoles y naturalezas que nacen débiles ó viciadas, pero que están muy lejos de la depravacion.

Tú sola ¡oh religion santa y bienhechora! eres la dulce, indulgente y cariñosa madre que perdonas todas las debilidades del género humano, y que enjugas las lágrimas que hacen derramar aquellas, con los anchos y sagrados pliegues de tu manto!

III.

Si cada madre enseñase á sus hijas, no bien despuntase la luz de su razon, á conocer que hay un Dios creador de todo cuanto existe, la primera idea que se grabaria en estas tiernas almas, seria grandiosa y elevada: el primer sentimiento de esos infantiles corazones, seria un sentimiento de gratitud y de cariño hácia el ser bienhechor que cuida de todo aquello que aman y les agrada.

Cada niña (porque á las mujeres me refiero en este escrito), cada niña nace con algun sentimiento bello, porque no hay tierra tan estéril que solo ortigas produzca: muchas nacen dotadas de mil cualidades recomendables, y aun concedo que algunas tengan igual número de defectos; pero no hay una sola á la cual no se pueda imprimir, casi desde que nace, una idea sublime y, por decirlo así, exacta de la religion.

A la que nace, supongamos, compasiva, hágasela entender que Dios cuida de los pobres y nos manda que les demos lo que nos sobra; y enséñesela con el ejemplo y con la práctica á dar pequeñas limosnas y á sacrificar alguno de sus caprichos y diversiones para este fin. A la que está dotada de un corazon amante y afectuoso, désela á conocer, tan pronto como pueda comprenderlo, que Dios murió por nosotros, y que se dejó enclavar en la cruz para librarnos de los tormentos eternos.

Criaturas hay que, como antes dije, nacen dotadas de tan bella índole y de un carácter tan generoso y tierno que la religion se imprime en su alma sin trabajo alguno, porque el espíritu de esas almas es la religion misma: dígalos si nó la jóven Aura, hija de Sevilla, que nació cristiana siendo sus padres fanáticos servidores de Ismael: aquella alma cándida bajó del cielo al mundo trayendo tan firmemente esculpida la fé religiosa, que ni los tormentos del martirio pudieron oscurecer por un instante sus santos y purísimos resplandores.

Hoy existen tambien martirios para esas almas, aunque se haya estinguido la raza feroz é idólatra de los emperadores romanos: mar-

tirios, que son quizás mas dolorosos, pues que siendo oscuros y desconocidos, no alcanzan por fruto, como aquellos, la conversion de los que los presenciaban.

No es tampoco escaso el número de las niñas que nacen egoistas y de escasa sensibilidad: pero estas criaturas tienen en su propio egoismo un instinto que las hace amar todo aquello que da pasto á sus placeres: decidlas que los dulces que halagan su golosina, que los trages que las engalanan los deben á Dios, y que Dios las ha dado igualmente el lecho en que duermen, el fuego que las liberta del frio, las frutas que deleitan su paladar y la madre que las acaricia.

Es indudable que, al reconocer las ventajas de estos beneficios, se grabará un sentimiento de gratitud en esos tiernos corazones; y la gratitud es la puerta por donde pasan todas las virtudes, pues ella conmueve todas las fibras del alma; y el ser que la ha probado una vez, la ansia siempre como un manjar del espíritu, que ningun otro puede reemplazar.

Madres de familia! desde el instante en que inoculeis un principio religioso en el corazon de vuestras hijas, habeis cumplido la parte mas ardua y de mas severa responsabilidad de vuestra sagrada tarea! No bien sembréis en él la hermosa planta de la religion, pedid á Dios que profundice sus raíces, y empleando un poco de esmero en cuidarla, es seguro que pronto recogeréis riquísimos y ópimos frutos.

IV.

Nada he visto mas dulcemente poético, mas tierno y que ejerza mas atractivos que la adolescencia religiosa: mas de una vez me he detenido detrás de una jóven, que no llega á diez y seis años, y que oye misa en una pequeña capilla que yo visito con frecuencia.

Esa jóven, á la cual acompaña una señora de mediana edad, reza despues de concluido el santo sacrificio, á los piés de una imagen de María, y yo creo que un lazo de amor une á la Reina del cielo y á esa niña tan tierna y melancólica que mora en la tierra.

„Yo compadezco, dice mi amiga Carolina Coronado en la novela que lleva por título *La Sigea*, yo compadezco en el fondo de mi alma á las ignorantes é insensibles mujeres que no comprenden la magestad de la Virgen María, y que no sienten hácia ella el entrañable amor que mantiene puras á las doncellas, que hace castas á las esposas y tiernísimas á las madres. Si hay para la mujer una amistad verdadera, que pueda consolarla de las innatas pesadumbres de su condicion; si hay una proteccion se-

gura que la libre de las malas pasiones, esa es la amistad y la proteccion de la Virgen María. La vanidad, la inmodestia, el egoismo, la dureza del corazon, la frialdad del alma, son el castigo de las que no comprenden ni aman á la madre de Jesus.—”

Indudablemente la jóven á que aludo, comprende y ama á la madre de Dios: indudablemente la mujer que la dió el ser la ha dispensado el inestimable beneficio de enseñarla á conocerla y amarla: pero ¿qué culpa tienen de carecer de este bien aquellas con quienes nadie se ha tomado semejante trabajo? Si la vanidad, el egoismo, la inmodestia, la dureza del corazon y la frialdad del alma son el castigo de las pobres criaturas que no conocen la dicha inestimable de amar la religion, ¿no ha de reservar Dios mayor castigo para las madres que no enseñan á sus hijas lo que deben saber?

—Esas madres, me contestará quizás alguno de los defensores sin seso de la mujer, de que antes hablé, esas madres no aprendieron tampoco á su vez lo que pretendes que enseñen á sus hijas.

¡Ay! Demasiado lo sé! Y por eso quisiera que mi voz fuese bastante robusta y mi pluma harto autorizada para imponer á la sociedad, como ley, un deber, sin cuyo cumplimiento no hay felicidad posible en la tierra.

Vosotros, detractores de la mujer: vosotros que acusais su vanidad, su coquetismo, su falsía: examinad su índole y sus sentimientos con detencion antes de condenarla, y vereis como casi siempre tiene la culpa de sus faltas el descuido de su educacion.

Vosotros, fervorosos admiradores de las gracias del sexo bello: vosotros que la defendéis por el prestigio que su belleza material ejerce en vuestro corazon, reflexionad que esas gracias que ponderais son efímeras y que cuando hayan pasado, cuando yazgan sepultadas bajo la nieve de las primeras canas, se tornará en aversion para ella vuestro cariño y en sarcasmos las vanas lisonjas de que antes las habeis rodeado.

Y, para vuestro propio bien, procurad moralizar á la mujer en vez de precipitarla en el abismo de las pasiones: vuestra inteligencia robusta, puede guiar la suya débil y vacilante; y vuestro amor puede conducirla por la senda de la religion y del deber.

Buscad, para confiarla vuestra dicha, á una jóven educada con sólidos principios religiosos, seguros de que os hará felices; pero si os toca en suerte una de esas mujeres educadas á *la moda*, imbuida esas saludables máximas, que son la base de todo bien y que os será muy fácil inculcarla porque estareis rodeado del ad-

mirable prestigio que presta el amor, pues nunca debeis olvidar que la mujer recibe la segunda y mas sólida educacion de su marido, y que no pocas se han visto completa y ventajosamente transformadas despues de haberse unido al hombre á quien amaban.

V.

El amor y la religion forman un lazo tan estrecho en el alma tierna y apasionada de la mujer, que se puede asegurar que constituyen un solo sentimiento: para la mujer su religion es el amor, y su amor la religion: el amor sacrifica todos sus demás afectos y el amor la inspira muchas veces acciones sublimes: el origen de su heroismo, de su abnegacion es siempre el amor, pues el amor, á mi modo de ver, no está circunscrito á un solo objeto ó persona: una mujer apasionada ama ardorosamente á sus padres, á su esposo, á sus hijos, y antes que á estos seres amará á su religion si le hacen conocer lo que vale.

¿Qué corazon de mujer no se conmueve á la vista de un crucifijo? ¿Qué no dice á su corazon la imágen de ese Dios, todo amor, que agoniza entre tormentos por nosotros? Ese poema sublime es elocuente siempre para la mujer.

Así, rara vez se ve que una mujer religiosa sea mala hija, mala esposa ó mala madre: rara vez una mujer religiosa ostenta ese coquetismo que tanto rebaja la dignidad de su sexo: rara vez deja de cumplir bien, gustosa y fielmente con los deberes que la imponen su condicion y estado: rara vez falta al decoro, que es su adorno mas precioso.

La mujer religiosa es buena, dulce y consecuente; y si en alguna ocasion se deja dominar por uno de esos raptos, hijos quizás de la escesiva viveza de su imaginacion ó de su carácter, se enmienda tan pronta y noblemente que las ofensas que haya podido causar se olvidan con la mayor facilidad.

La mujer religiosa, es ese tipo suave y poético que *Fernan Caballero* ha sabido comprender y retratar como nadie: es esa esposa dulce, digna y resignada; esa madre tierna y previsora; esa hermana amante é indulgente; esa hija obediente y sumisa: la mujer religiosa tiene casi siempre hermosa y elevada el alma: sensible y tierno el corazon, y la imaginacion poética y armoniosa, porque el cristianismo eleva todas las facultades intelectuales: la mujer religiosa honra todas las condiciones de la vida, y es, para mí, tan admirable, cubierta con el vestido floreado de la aldeana, como ataviada con las ricas galas de la mas encum-

brada nobleza: la mujer religiosa, en fin, puede, á mi ver, lo mismo leer un libro devoto que escribir un poema, siendo siempre igualmente admirable.

Si todas las mujeres fuesen religiosas, la literatura en la mujer seria un bien inestimable, en vez de ser un mal, como con razon se juzga hoy: entonces nadie podria escribir con tanto fruto como la mujer, pues solo á ella la es dado hablar al corazon con esa elocuencia persuasiva que de él nace: entonces sus obras serian provechosas, como ningunas, pues, comprendiendo las que las leyeran el espíritu que las habia dictado, se aprovecharian de las lecciones de sana moral que necesariamente habian de encerrar.

Mas ¡ay! que en el dia cada libro cristiano que nace se relega al olvido como *pesado é insoportable*! Educada la mujer con esa ligereza que hace mas versátil su carácter y sus gustos, desecha, para su mal, todo aquello que podia elevar su inteligencia y corregir sus costumbres!

¡Cuántos poetas y hasta poetisas lloran pesares imaginarios en los volúmenes que escriben, en tanto que se desdennan de leer ó pasan con indiferencia la vista por aquellos que pudieran consolar las verdaderas penas de que está sembrada su vida! Y luego se creen mas superiores y adoptan ese aire de vanidad y de sabiduría, que parece inseparable de la literatura de la época y se llaman poetas con la mayor candidez!

¡Oh! ¡cuánto os engañais! El genio es un destello de Dios y solo puede poseerle la criatura capaz de comprenderle y amarle! Los que escribís sin pensar en Dios, no teneis, no, ese destello luminoso! Vuestras obras morirán poco despues de nacer, porque el mismo Dios, á quien desconoceis, las hundirá para siempre en la sima sin fondo del olvido!

VI.

Debo desengañar ante todo al que leyese estas líneas y pudiese creer que yo confundo los sentimientos religiosos con las prácticas ridículas de la *beatería*.

Solo las almas débiles y bajas pueden confundir el espíritu grandioso de la religion con los hábitos estúpidos de una devocion exajerada, del mismo modo que solo un ciego puede confundir el oro con el cobre.

La ley de Jesucristo es tan grande y hermosa que no exige sacrificio alguno superior á nuestras fuerzas: redúcese á dos preceptos: *á amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.*

¡Ah! con cuánta facilidad y placer puede llevarlos un alma tierna y bondadosa! ¡Cuán dulce es, cuán grato amar á ese Dios, todo amor y misericordia! ¡Cuán consolador es amar y socorrer en lo posible á nuestros hermanos!

Ninguno de estos dos preceptos está acorde con esas absurdas preocupaciones que vemos todos los días: mujeres hay que por oír dos misas diarias abandonan á su marido enfermo, ó á sus hijos pequeños y delicados: ancianas he visto que se pasan en medio del invierno el día entero de hinojos sobre el mármol de una iglesia destruyendo su salud; hombres *santurrones* existen que rezan cuotidianamente el largo catálogo rutinario de sus devociones, sin pensar siquiera en lo que dicen con tal que sea muy respetable la cantidad de sus palabras; no obstante, las costumbres de estos seres no suelen ser las mas ejemplares, ni la fama de los demás está muy segura de su maledicencia.

Dios no quiere exterioridades, y la verdadera religion consiste en que cada uno cumpla bien las obligaciones de su estado y dispense los beneficios posibles consolando al que padece.

Las supersticiones debilitan el espíritu y tornan hurafío al mejor y mas apacible carácter.

La religion presta dulzura, tolerancia y hace buenos, generosos y amables á los seres que la comprenden y practican.

Yo he visto un retrato de Alfonso de Lamartine, que aparecia sentado delante de su escritorio con la pluma en la mano y pidiendo al cielo inspiracion para escribir: el genio sublime que se ve radiar en las facciones del gran poeta, dice bien claro que Dios le otorgaba el don que le pedia.

Y el genio del inmortal autor de *Rafael* fué desarrollado, formado, por decirlo así, por su buena y santa madre: oigamos, si no, al mismo Lamartine en un párrafo de su *Curso familiar de literatura*:

„Veia á menudo á mi madre en su cuarto, dice, inundado por el sol, en que reposaba los domingos, despues de haber asistido á las ceremonias religiosas, ó se entregaba á sus labores femeninas los demás dias de la semana; y al anocheecer, cuando habia dejado la aguja, la observaba tomar de una mesita que habia junto á su lecho un libro de devocion que le venia de su propia madre. Su fisonomía, comunmente tan franca y expansiva, mudaba de espresion y se recogia como la luz de la lámpara que protege una mano encorvada contra el viento que hace vacilar su llama y amenaza apagarla. Como me era notorio este género de espresion, fácilmente colegia que se entregaba á una conversacion muda con una

persona ausente, en términos que, sin necesidad de aviso alguno de su parte, guardaba el mayor recogimiento y respetaba su lectura.....

„De este modo llegué á vislumbrar que existia en estos libros, hojeados por las piadosas manos de mi madre, una literatura sagrada, por la cual, mediante ciertas páginas, que contenian secretos superiores á mi edad, el ser que oia llamar Dios conversaba con ciertas personas privilegiadas y estas con Dios.

„Tal fué mi primer sentimiento literario, sentimiento que se fundió luego en mi mente con una atmósfera de santidad, que parecia envolver á la santa mujer á quien debo la vida, cuando abria esos misteriosos volúmenes.”

VII.

El ejemplo de Mr. de Lamartine y de su madre es tan elocuente, que siempre que trato de la influencia de la mujer en el destino del hombre, me ocurre citarle: la madre del gran poeta es la mejor prueba de que una mujer virtuosa y sensible da por fruto hijos, que son luego el orgullo de su patria; que la religion es la llave de todas las glorias y grandezas humanas; y que si llega un día venturoso en que se arraigue en el corazon de la mujer, por el mayor cuidado con que debe educársela, la veremos enaltecida y respetada, y el mundo dará un paso en el sendero de la verdadera civilizacion, mas grande que cuantos cree haber dado hasta el día con los descubrimientos de la ciencia, pues solo en la virtud estriba la solidez de todos los triunfos humanos.

Fin del artículo quince.

CONCLUSION.

He terminado, lectoras mias, este pequeño trabajo en el cual, como ya os dije al comenzarle, solo me ha guiado el anhelo de que os fuese provechoso.

He procurado daros en él reglas generales para educar á vuestras hijas ó para que vosotras mismas encontréis la verdadera felicidad: esa felicidad que tantas pobres mujeres miran huir desconsoladas y lloran perdida despues con la mayor amargura, sin que puedan atinar el motivo porque se les escapa: y tengo la satisfactoria conviccion de que si leéis con reflexion estos artículos, alguna vez encontrareis el motivo que hace que esa dicha desaparezca; quizás podreis asirla antes de que os abandone

por completo ó recuperarla si, por desgracia, la habeis perdido.

Dolores hay, sin embargo, en la vida de la mujer que por mas que otra mujer los adivine y sea escritora, no puede hablar de ellos ni consolarles por consiguiente: para estos dolores buscad el alivio en las santas verdades, en los sublimes preceptos de nuestra grandiosa religion, pues para ella no hay pliegue oculto en el corazon humano.

Yo abrigo una creencia, que quizás será supersticiosa, pero que no debeis estrañar porque toda alma tierna tiene algunas raras preocupaciones: una de las mias, pues, consiste en creer que la mujer buena nunca es completamente infeliz por mas que la desgracia la oprimia con su férrea mano.

Terrible compañero de la vida de la mujer es el dolor: si esta le acoge por primera vez en su corazon se adhiere á ella sin que ningun esfuerzo de las personas que la aman sea bastante á ahuyentarle: siéntase por la noche á su cabecera, aleja el sueño de sus ojos y se posa abrumador y frio, como el hierro, sobre aquel corazon desventurado que le acogió: tal vez acaba por triturar el seno que le dé apoyo, y solo consiente en extinguirse cuando ya ha sorbido toda la savia de la desdicha en quien hizo presa.

No le acojais, pues, jamás, queridas lectoras mias; el dolor torna además agrio y adusto el carácter mas bello, ¹ agota la generosidad, porque el que sufre no puede ser compasivo: cuando alguna pena os aqueje, pedid á Dios un consuelo para ella y en seguida tened ánimo para buscar su remedio: nada hay en el mundo que no pueda remediarse con el auxilio de Dios y de su divina madre.

No hablo yo de esos dolores naturales originados por la pérdida de una persona amada: estos dolores no gangrenan el alma, ni tornan irascible el carácter: antes, por el contrario, degeneran en una melancolía grata, consoladora para el alma.

Me refiero á otros dolores, forjados á veces por el acaloramiento de nuestra imaginacion, y que por lo tanto no tienen consuelo en lo humano: de este número son los celos, injustos casi siempre y sin alivio las mas veces.

Si! Las pobres mujeres, devoradas por ese monstruo terrible, son los seres que mas compasion me inspiran en el mundo; y no puedo ofrecerles mas escudo para oponer á sus sangrientas mordeduras que la práctica de la virtud y el noble orgullo, que es la base de la dignidad de la mujer.

Es una verdad incontestable que la mujer

digna es á lo menos respetada y estimada sinceramente por la sociedad y sobre la sociedad por el mismo que la amaba en otro tiempo.

La religion es la que coloca á la mujer en el pedestal mas elevado que por su condicion puede ocupar: ved si no á esas pobres mujeres de Oriente, constituidas en esclavas, porque la religion no ha enclavado aun en aquellas regiones idólatras su triunfante bandera: no las ennoblecen ni el amor, ni la maternidad, y viven sujetas á *un amo* y reducidas á acatar como leyes todos sus brutales caprichos.

Contempladla en Europa: miradla rodeada de prerogativas y consideraciones, ennoblecida, reina en fin de su hogar y si es digna de ello, señora muy amada de su esposo y de sus hijos: esta posicion envidiable la debe solo á nuestra santa y hermosa religion.

Y ved tambien como, entre nosotras, la mujer mas virtuosa y digna es la mejor considerada. ¡Ah, si! Por mas que contempleis, bellas é inocentes jóvenes, los triunfos de las coquetas y *mujeres de moda* (en la acepcion verdadera de la palabra): por mas que mireis, castas y tiernas esposas, las conquistas y devaneos de las que son vuestras antítesis, creedme á mí, que tengo el poco envidiable instinto que hace conocer los pliegues del corazon humano y las llagas de la sociedad: creedme y me dareis algun dia gracias por haber puesto ante vuestros ojos esta verdad: *no hay felicidad posible si la conciencia no está pura y el alma limpia como la magestad del grande y poderoso Dios que la ha formado.*

Os dije en la introduccion de estos artículos que juzgaria á la mujer por mí hasta el cuarto lustro, y he cumplido mi palabra: siempre que he tenido que analizar los sentimientos de la mujer durante la edad de las ilusiones, he interrogado, aunque no os lo haya dicho, á mi propio corazon, haciéndolo igualmente cuando he juzgado sus faltas.

Las dos mujeres á quienes declaré que tomara por modelos en la edad madura y ancianidad, no me es posible nombrarlas, aunque os aseguro que el ejemplo de su vida ha sido el que me ha inspirado todas las máximas saludables, todos los pensamientos elevados que se encuentran en estos mal perjeñados artículos.

Si he conseguido el fin, que me propuse al empezarlos, de entreteneros agradable y provechosamente y de proporcionaros algun consuelo en vuestras aflicciones, están cumplidos todos mis votos, y solo me resta dar gracias á la madre de Dios por haberme concedido el bien inestimable, que con tanto fervor la pedí al to-

mar la pluma para dirigirme á vosotras; la felicidad de ser útil á mi sexo.

FIN DE LA COLECCION.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

Del punto de Bruselas.

12. Para este punto se necesitan, segun queda dicho, cuatro bolillos por cada uno de los agujeros abiertos en biés y en cuadro (fig. 58, p. 208), cuyos cuatro bolillos se encuentran juntos en la union de dos hileras de bolillos que forman un *ángulo recto* (1); entonces se pasa sobre el segundo bolillo de la derecha el primero de la izquierda, y dejando los otros dos á derecha, se cambian estos tres veces á izquierda, levántase el segundo de la derecha entre los dedos tercero y cuarto de la izquierda, y por la derecha se coloca un alfiler en el agujero que separaba estos cuatro hilos que el alfiler fija y levanta. Pásase á hacer la misma operacion al agujero siguiente hasta el cabo de la fila. Para esta clase de punto no se cambian las manos: la izquierda va siempre cambiando ó tegiendo, y la derecha siempre colocando los alfileres.

13. Habiendo llegado al término de la fila, se hace la orilla y despues se *baja*. *Bajar* se llama el cambiar tres veces con la mano izquierda uno sobre otro los dos bolillos que caen entre cada alfiler; lo cual se egecuta retrocediendo de izquierda á derecha hasta una nueva union de filas, cuyo ángulo volverá á dar, como hemos visto, un agujero entre cuatro hilos. Vuélvese á comenzar á teger de derecha á izquierda, cambiando los dos bolillos á derecha del ángulo, con los bolillos retorcidos al bajar; de modo que el punto quedará formado por seis *cambiados*.

14. Si se quiere tener un fondo ojeteado, se dejarán los dos primeros bolillos de izquierda á derecha y se tegerá con los cuatro siguientes: se hará despues un punto, se cambiarán los dos primeros de los cuatro y no los otros dos, y dejando los dos últimos, se tomarán los dos que siguen, y cambiando los cuatro dos á dos, se hará un punto, y despues se clavará un

(1) *Ángulo recto* es el ángulo que no ocupa mas ni menos que la cuarta parte de un círculo: véase representado en la fig. 79, fol. 322.

alfiler entre los cuatro últimos, un poco mas abajo de los alfileres precedentes. En seguida es preciso cambiar dos á dos, y hacer un punto, tomar los cuatro últimos de los doce primeros, y cambiándolos tambien dos á dos, hacer otro punto; coger los cuatro últimos de los diez primeros, cambiarlos dos á dos y hacer otro punto: tomar los cuatro últimos de los ocho, cambiarlos dos á dos y hacer otro punto: tomar los cuatro últimos de los doce y hacer el punto: tomar los dos últimos y los dos siguientes, cambiarlos dos á dos y hacer un punto; separarlos despues con un alfiler y así sucesivamente. Cuando se ha llegado á los cuatro últimos, no se les cambia, sino que se hace un punto, luego la *corona* y otro punto. Llámase este punto *ojo de perdiz*, y se emplea para llenar el centro de las flores.

15. El hilo laso de las flores se coloca á través de los alfileres y del cilindro, de modo que los dos bolillos reunidos caigan, como se dijo á derecha é izquierda por detrás del mundillo. Fijado ya este hilo laso al principio de la flor con dos ó tres puntos, se entremezclan los bolillos de dicho hilo con los otros, y se les hace seguir las vueltas y revueltas que describe la flor, haciendo los puntos hasta el ángulo de la línea que sigue diagonalmente la flor (fig. 59 f. 322); y luego al fin de dicha flor se cruzan los dos hilos lasos y se echan atrás hasta que esté bastante adelantado el encaje para poder cortarlos. Como despues de haber puesto un cierto número de alfileres para hacer dos pulgadas y media de largo, hay que quitar dichos alfileres por detrás para vorverlos á colocar por delante; á medida que se vayan haciendo nuevos puntos, se encuentran los hilos lasos no cortados detrás de los alfileres. Hay muchas flores, cuyos troncos requieren cuatro bolillos cambiados entre los dos hilos lasos como en el *borde* antes de la *puntilla*; y hay otras, por el contrario, que no necesitan mas que un hilo ó dos, colocados uno junto al otro sin intervalo, cuyas diferencias las marcará el dibujo.

Tambien suelen hacerse al rededor de las hojas, y en medio del encaje, pequeñas motas cuadradas, cuyo punto representa la fig. 60, f. 322. Esta especie de puntos son dificultosos de hacer y de describir; pero una de mis hermanas ha inventado un método que facilita uno y otro, y es el siguiente.

16. Luego que ha llegado el trazo negro cuadrado, que señala el dibujo, pasa el primer bolillo de la izquierda sobre el segundo de la derecha y por debajo del primero del mismo lado, con el cual le cambia una vez; despues le asegura por lo ancho á dos pulgadas del cilindro, volviendo el hilo por junto á la cabeza

del bolillo con uno de los alfileres grandes que sostienen los paquetes. Hallado este punto de apoyo, todavía se proporciona otro, teniendo seguro á la mano izquierda y á la misma distancia el segundo bolillo de la izquierda; hecho lo cual, toma el primer bolillo de la derecha, y dándole una vuelta, pasa alternativamente este bolillo sobre el asegurado á derecha, y sobre el que en igual forma se encuentra á izquierda, pasándole siempre por debajo del segundo bolillo de la derecha, que por este medio queda sobre el *mundillo*, y así continúa hasta que el trazo negro se encuentra cubierto. Entonces separando de la mano derecha el bolillo de dicha mano, le cambia con el primero que ha estado incesantemente tegiendo; cambia los otros dos de la izquierda por esta mano, y clava un alfiler entre estos cuatro bolillos para acabar y asegurar el punto. El uso de los puntos de apoyo indicados distingue particularmente su método del ordinario, y además de aminorar y abreviar el trabajo, impide que se deshaga el punto, lo que sucede con frecuencia cuando los bolillos quedan, según se acostumbra, sobre el *mundillo*.

17. Suele romperse á menudo el hilo al hacer el encaje, pero se añade con un nudito cuando queda algun cabo, y si éste es muy pequeño, se le rodea con el bolillo mas cercano, y el cabo roto se asegura á la orilla con un alfiler. Este alfiler se introduce horizontalmente entre los otros, por el parage en que el hilo se ha roto; se saca por detrás y parte á clavarle en el cilindro á alguna distancia. Lo que con esta operacion se pretende, es obtener un cabo de hilo suficientemente largo para poder con él añadir el hilo roto.

Del punto de París.

18. Ya dijimos que el punto de la *orilla* ó *pié* del encaje se hace cruzando cuatro hilos de modo que los dos de la izquierda se encuentren á derecha, y al revés: esto es cabalmente lo que forma el *punto de París*, ó *punto doble*. Esta clase de encaje requiere cuatro bolillos entre cada alfiler, de manera que en el ángulo en que se encuentran dos filas de red ó puntos, hay ocho hilos, los cuales se cruzan del mismo modo que para el punto tirado con cuatro hilos, ó la *puntilla*: porque esta ó el *pié* de encaje, es siempre un medio punto de París. No se dá mas que una vuelta, esto es, no se tuerce mas que una vez, y se cambian los bolillos *bajando*. *Bajar* es pues *medio hacer* los puntos que se acaban al subir.

Para esto se necesitan dibujos, cuyos agujeros estén mas separados que para el punto

de Bruselas; y además es preciso que el hilo sea muy fino, porque este encaje es bastante cerrado. No es á la verdad tan bonito como el anterior, pero su duracion es doble. En cuanto á las flores, se hacen del mismo modo que se ha dicho para el anterior, y tambien se añaden los hilos de la misma manera.

Del punto de Alanzon segun el método de Roland.

19. Hechos y escogidos los dibujos se graban en cobre y se estampan en pergamino, y estos pergaminos se numeran según es menester para unir las diversas partes del dibujo. Se pican varios á un tiempo puestos unos sobre otros, con un punzon, haciendo agujeritos, entre los cuales, no haya mas que una línea sobre todos los contornos de las flores; y hecho esto se acomoda cada pedazo de pergamino sobre otro igual de tela gruesa y cruda. Se unen al rededor con un hilo, siguiendo una línea que se hace para señalar el sitio por donde debe ir, y despues se cubre este hilo con pequeñas puntadas que le abracen, y al mismo tiempo el pergamino y tela pasando el hilo alternativamente por encima y por debajo á distancias iguales. Este método de asegurar el pergamino y la tela juntos, es precisamente el mismo que se usa para hacer el *trazo*, que es la primera operacion del punto.

20. Tórnase dos hilos lasos, que se tienen con el pulgar izquierdo, conduciéndolo sobre toda la série del dibujo, y se fijan con hilo fino ó de Flandes, enhebrado en una aguja que se hace pasar en seguida de abajo para arriba por uno de los agujeros del picado, y que se saca de arriba para abajo despues de haberla fijado en el propio agujero, cogiendo los dos hilos lasos con el punto, que se forma de este modo, y sirve para asegurarlos. Acabado el *trazo*, se hace el *fondo*, cuyo nombre damos al campo que llena todo lo que no ocupan las flores. Usase para esto de una aguja larga y de un hilo muy fino, que se une al *trazo* con algunos puntos enlazados muy apretados. Se asegura la hebra con la mano izquierda, de modo que el índice esté debajo, y el pulgar con el de en medio encima. La aguja se tiene entre el índice y el dedo de en medio de la mano derecha, y el pulgar, que debe estar cubierto con un dedil de piel, queda libre para dirigirla. Se comienzan las flores horizontalmente de izquierda á derecha, y se forman con puntos de nudos, bien colocados. Cuando se ha llegado á la estremidad de la hoja derecha, se asegura el hilo en el trazado, despues se le echa otra vez al mismo sitio de donde se ha

partido, y volviendo otra vez de izquierda á derecha, se hacen puntos sobre este mismo hilo, pero haciendo siempre que la aguja entre á cada punto por medio de los puntos de la primera fila. En llegando al fin de la segunda, se torna á echar el hilo de izquierda á derecha, para volver á comenzar la misma manobra hasta acabar de llenar la flor.

21. El campo ó es de *presilla*, ó de *mallá*, ó punto. Este último no presenta mas que puntos simples, como los de red fuerte y apretada. Se comienza echando un hilo del campo de la obra, asegurándole por uno y otro lado al *trazo*, y se le cubre con otro que acaba de formar los puntos. Muchas veces se hace este enrejado ó tejido antes que el fondo ó campo. Lo que se llama *presilla* es una figura de seis lados que siempre se marca en los dibujos; antes de comenzarla se pica en toda la estension del campo, solo en el ángulo de cada *exágono*; se asegura el hilo al borde de una flor á mano izquierda; se pasa la aguja en la orilla, y se clava despues un alfiler en el agujerito formado en el ángulo superior de la *presilla*; se pasa el hilo al rededor, y se continúa así hasta la primera flor de la derecha, en donde se asegura el hilo, que forma entonces una fila ó línea de grecas. Luego se vuelve sobre dicha línea pasando otra vez los alfileres, y se reunen con la aguja los hilos que forman la greca; y á cada fila se pasa el hilo en la punta de la precedente. Cuando ya se ha concluido de este modo la figura de la *presilla*, se cubre todo con un punto anudado hecho con hilo bastante fino hasta el número de siete á ocho, y muy apretados sobre cada lado de la *presilla*; de esta manera sale el tejido mas bonito y la *presilla* mas sólida, y de consiguiente mas durable.

Dan el nombre de *moda* á los puntos de *capricho*, que se ejecutan en seguida en los huecos reservados para este intento.

22. Cada flor se encuentra rodeada por un realce llamado *borde*, que es el trabajo por donde se termina. Este es una especie de *punto anudado* ó de *nuditos*, que marca los contornos, y da al punto llamado de Alenzon un resalte y una riqueza que le hacen muy estimable. Para cada punto se abrazan dos hilos lasos que deben unirse y desunirse á cada tronco. Pero este *borde* ó *cordoncillo*, por lo comun demasiado grueso para el campo del punto, perjudica á su solidez, y por él suele perecer casi siempre tan bello y prolijo trabajo.

La fig. 61 ofrece un fragmento de patron ó modelo, en el que se halla comenzado el tejido del punto, y hecho ya el *trazado*. Este se reconoce en los dos hilos colocados en orden uno al lado del otro, y abrazados con peque-

ños puntos uno al lado del otro en espacios igualmente distantes.

(Se continuará.)

CORAZONES PARTIDOS.

I.

—Hazme bien, Mariquita,
trenzas y rizos
para que así resalten
bien mis hechizos,
que hoy mas que nunca quiero
ponerme hermosa.

—Está usted, señorita,
como una rosa;
pero puede saberse,
y usted perdone,
por qué mas que otros dias
hoy se compone?

—Porque Toribio y Lucas
y Robustiano
pretenden con ahinco
mi blanca mano;
y habiéndome pedido
los tres audiencia,
hoy mismo comparecen
á mi presencia.

—Cuando se habla de bodas
yo me deleito!

¿Cuál de los litigantes
ganará el pleito?

—Hasta despues de oírlos
mi opinion callo:
segun sus confesiones
será mi fallo.

—No ande usted con melindres
ni con parola;
cásese usted, y luego
rueda la bola.

Hoy que los hombres quieren
de mojiganga,
encontrar un marido
no es poca ganga!

—Mas yo quiero en los hombres...

—Qué, señorita?

—Yo quiero... que me quieran
á mí solita.

Tales son si me caso
mis condiciones
y si no las aceptan
digo que nones,
*pues corazon partido
yo no le quiero,
que cuando doy el mio
le doy entero.*

II.

—Que tal, Ramona?

—Buena.

Y usted, Toribio?

—Malo; pero usted puede
darme el alivio.

—Yo?

—Sí.

—De qué manera?

—Cosa sencilla:

se casa usted conmigo
y ancha Castilla.

—Bien, pero hablemos antes
de la materia,
porque los casamientos
son cosa seria.

Yo he de ser celosilla
como un demonche....

—Ay Ramona! mal rayo
de Dios me tronche
si voy á picos pardos
ni á picos negros
así que á nuestros padres
hagamos suegros.

—Dígame usted, y demos
fin al debate,

¿quiere usted á alguna otra?

—Qué disparate!

Juro á usted que en el mundo
nada me peta
sino usted y mis perros
y mi escopeta.

—Hola, con que á sus perros
quiere usted mucho?

Pues seré en ese caso
rival del chucho.

Vaya, si está usted malo,
caro Toribio,
busque usted otro médico
que le dé alivio.

—Por los clavos de Cristo,
no sea usted loca....

—No hay locura que valga.

—Mas...

—Punto en boca!

Corazones partidos

*yo no los quiero,
que cuando doy el mio
le doy entero.*

III.

—(La conquisto con cuatro
lisonjas cucas.)—

Me dá usted su permiso?....

—Pase usted, Lucas.

—Salve, hermosa Diana,
lumbre febéa,
envidia de la diosa
de Citeréa....

—Por San Juan y San Pedro,
somos paganos?

Hable usted como se habla
entre cristianos.

—Pues bien, usaré símiles
no menos lógicos
si á usted son antipáticos
los mitológicos.

La azucena, la rosa,
la clavellina,
la.... nada falta en esa
cara divina,

pues no hay jardín que tantas
flores encierre....

—Segun eso, mi cara

será un *parterre*!....

—Es el eden, el cielo
por que suspiro....

Ay! como no le alcance,

me pego un tiro.

—El señor nos asista!

—Los cachorrillos
traigo ya preparados
en los bolsillos,
y estas no son fanfarrias
de un botarate....

—Pues á ver si evitamos
que usted se mate!

Con que usted solicita....?

—Su mano blanca.

—A dársela estoy pronta,
que no soy manca;
pero antes necesito
que usted me diga
si algun lazo con otra
mujer le ligá.

—Ni nunca me ha ligado.

Solo las musas
y usted han merecido
mis garatusas.

—Y su amor á las musas
es muy de bulto?

—Como que dia y noche
les rindo culto.

—No me atrevo con nueve
competidoras,
pues temo que me arañen
esas señoras;
*y un corazon partido
yo no le quiero,
que cuando doy el mio
le doy entero.*

IV:

—Señorita, que fosco
se va don Lucas!

Emigra á las Orcadas

ó á las Molucas?

pues va diciendo: "Emigro,
que es disparate
suicidarse por una
coqueta un vate."

—Cállate, que ahí tenemos
á Robustiano.

—Señorita, ese es mozo

muy campechano.

Echele usted el guante,

pues los doblones

son monedas que alegran

los corazones.

—Mande usted á su esclavo,
bella Ramona.

—Es usted muy galante.

—Y usted muy mona.

Esas gracias admiran

hasta á los topos....

—Me alegre, pero basta

ya de piropos

y vamos al asunto

de esta entrevista.

—Pues bien, yo soy un rico
capitalista.

Como tengo palacios

y oro y carrozas,

tengo veinte queridas

soberbias mozas;

mas quiero divertirme

de cuando en cuando

con una que no sea

de contrabando;
y he dicho: para cónyuge
no la hay mas mona
ni mas impermeable
que la Ramona.

—Pues la Ramona, amigo,
según las trazas,
despide á usted cargado
de calabazas.

—Calabazas á un hombre
que nada en onzas!

Vaya que hay en el mundo
mujeres zonzas!

Pues qué es lo que usted quiere,
alma bendita?

—Yo quiero.... que me quieran
á mí solita.

—No dijera mas una
vieja vestiglo.

Esas son pretensiones
del otro siglo.

Yo estoy por los filósofos
épcuristas:

conquistas materiales
y mas conquistas.

Hoy el corazon parte
todo muchacho

y así á cada muchacha
le toca un cacho....

—Pues si usted ha hecho el suyo
también partículas,
guárdele para damas
menos ridículas,
*que corazon partido
yo no le quiero,
pues cuando doy el mio
le doy entero.*

ANTONIO DE TRUEBA.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

SEGUNDA PARTE.

(CONCLUSION.)

Palmerolles salió y volvió á poco rato seguido de los trabajadores que no podían adivinar el motivo de aquella repentina llamada.

—En fila! exclamó Chateau-fort con un rugido que hizo temblar á los infelices negros.

—Se trata de descubrir el robo de una caja de terciopelo que ha sido cogida de mi escritorio, añadió con voz iracunda: si la entregais, el castigo será.... será....

—El culpable será perdonado, añadió Palmerolles concluyendo la frase del propietario, y queriendo abrir así camino á la devolución.

—Pues bien, tú lo has dicho, será perdonado.

Los negros hicieron un movimiento uniforme y elocuentemente negativo.

—Es decir que negais? exclamó Chateau-fort enfureciéndose de nuevo; pues bien, temblad.... oh! el culpable pedirá entonces en vano misericordia! Ea! Ascanio, haced desnudar á todos.

Ascanio se adelantó tranquilamente y desnudó por su mano á todos los negros cuya serenidad era una solemne protesta contra toda sospecha.

Al llegar á Zafiro, Ascanio miró fijamente á su amo, como para preguntarle si continuaba su registro.

El rostro de Zafiro estaba demudado. El gallardo esclavo tenía la cabeza inclinada y los ojos bajos sin atreverse á mirar de frente á sus compañeros completamente desnudos.

—Basta, dijo Chateau-fort conmovido por el rubor que revelaba el rostro de Zafiro. Está visto que habré de volverme loco.... pero ¡vive Dios que parecerá!

Zafiro respiró y alzó los ojos fijando en su amo una dulce y agradecida sonrisa.

Entonces recordó Chateau-fort las palabras de Magdalena y gritó de nuevo á Palmerolles:

—Ea! haced venir todas las esclavas.... todas, lo entendeis? todas: hasta la cocinera.

Ascanio y Zafiro cambiaron una mirada de profunda inquietud.

—Ascanio, dijo Chateau-fort al mulato; haced que los esclavos vuelvan á los talleres por la galería interior.

A manera que caminaba Zafiro con los demás negros, la orden de hacer venir á las esclavas iba resonando en sus oídos como un grito de muerte, y sus piernas flaqueaban como las de un enfermo debilitado por la fiebre.

Zafiro miraba á todos lados con inquietud, pero en vano: Palmerolles fiel á la orden de Chateau-fort traía las esclavas por la galería exterior que no tenía comunicación alguna con la que ellos atravesaban.

Apenas dejaron á los trabajadores en sus talleres, Ascanio y Zafiro corrieron á la entrada de la galería donde se hallaban ya todas las esclavas.

En vano había querido Silvina oponerse á que María de Jesus acudiese á tan extraño llamamiento. Palmerolles permaneció inflexible y la hermosa esclava fué casi arrastrada por el catalán entre sus alegres compañeras, que ca-

minaban riendo á recibir las órdenes de su señor.

Admirada Silvina de la ausencia de María Antonia que faltaba de su cuarto hacia ya mas de una hora, casi asustada por aquella inesperada convocatoria, venciendo su natural apatía se levantó y tiró fuertemente del cordón de la campanilla que comunicaba con las habitaciones de Magdalena.

La Bonmarché acudió al momento.

—¿Pero qué es lo que sucede, Magdalena?

—Ah! una cosa terrible, un crimen.... una infamia.

—Dios mio! hablad! hablad!.... ¿Y María Antonia? yo tiemblo....

La Bonmarché se sentó á su lado, encareciendo mas el valor del aderezo y la audacia del ladron, pero callando el interés particular que tenia en que el delito se descubriese.

Aunque generosa como el que mas, Silvina halló muy justo que se empleasen todos los resortes en descubrir al culpable que hacia tan fea traicion á la confianza de sus señores.

—¿Pero y María Antonia? ¿Qué tiene que ver con eso mi nodriza? Ah! se moriria de pesar si sospechasen....

—Bah! nada de eso, respondió al instante Magdalena. Palmerolles interesado como el que mas en descubrir el crimen, acaba de hacer llamar á todas las esclavas, y no ignorais el ascendiente que María Antonia tiene sobre todas ellas.

—¿Y ese bruto catalan ha obligado á mi querida María de Jesus á seguirle con las demás? Ah! si vos hubiéseis estado aquí, de seguro os habríais opuesto á ese acto de violencia contra la pobre niña.

—Oh! sí, de seguro; repitió Magdalena con hipocresía: pero ¿qué quereis? Palmerolles no repara en los medios.

Silvina calló y la Bonmarché se puso á hojear un álbum esforzándose en disimular su punzante inquietud.

Las esclavas en tanto se hallaban colocadas en fila á lo largo de la galería, aguardando en silencio las órdenes de su amo.

Entonces Chateau-fort entregó á Palmerolles la llave del encierro de la nodriza para que la hiciese venir á su presencia.

Llegó á los pocos instantes la pobre María Antonia trémula y llorosa acosada por un presentimiento fatal, y fijando en el plantador sus ojos espantados.

—Ea! es preciso que registres en mi presencia á todas las esclavas.... y cuidado, María Antonia, añadió con ojos centelleantes, porque estoy yo aquí á tus espaldas y el capataz ha empuñado ya su látigo.

La nodriza empezó á llorar y se arrodilló á los piés de su amo que la levantó, imponiéndola silencio con un gesto amenazador.

La pobre mujer empezó entonces por la punta de la galería un registro indecoroso y altamente repugnante para toda persona delicada: como todas las negras llevaban el traje corto y los brazos y el cuello desnudos, el registro era breve, irritando mas y mas al plantador que veia desaparecer por momentos todas sus esperanzas.

Desde el momento en que principió el registro, María de Jesus que ignoraba absolutamente de qué se trataba, experimentó una conmoción visible que hizo fijar sobre ella los ojos de Chateau-fort y de Palmerolles con una viva curiosidad. La casta esclava, única que como hemos dicho, llevaba siempre el pecho cubierto, se estremeció como si hubiese experimentado una sacudida eléctrica, luego se cubrió el rostro con las manos é inclinó la cabeza para no presenciar el registro de sus inocentes compañeras.

Cuando María Antonia llegó á María de Jesus, se detuvo y miró á su amo, lo mismo que Ascanio antes de registrar á Zafiro.

Chateau-fort se acercó á la esclava, que agitada por una convulsión nerviosa temblaba como una débil caña; por entre sus dedos se veian rodar gruesas y abundantes lágrimas, y su pecho cubierto por el pañuelo de blanca muselina de la India, palpitaba con una violencia que hacia separar la finísima tela del bronceado seno, que tanto se esmeraba en ocultar á los ojos profanos.

Aunque no era de los que mas creian en la virtud, el plantador conmovido por las lágrimas de aquella esclava favorita de su hija, iba ya á dar orden á María Antonia para pasar adelante, cuando en una de las ondulaciones del pañuelo de muselina, le pareció vislumbrar entre sus pliegues un objeto que se destacaba algun tanto de la tostada piel de la negra, y furioso como un tigre que se lanza sobre su presa, hundió su grosera mano en el seno de la virgen africana, sacando en ella la perdida caja de terciopelo carmesí, que levantó en alto para que nadie pudiese dudar de la veracidad del robo.

Al contacto de aquella mano que penetraba en su pecho, cerrado hasta entonces aun á los ojos mas escudriñadores, la esclava exhaló un grito desgarrador, se estremeció convulsivamente de piés á cabeza y cayó contra la pared de la galería murmurando con voz desfallecida:

—Zafiro!

El baston del plantador levantado sobre la cabeza de la esclava, cayó á plomo sobre las

espaldas de Zafiro, que interponiéndose velozmente delante de ella, cayó á los piés de su amo gritando con toda su fuerza:

—Yo.... yo soy el ladrón!

—No le creais, exclamó Ascanio adelantándose á contener á su amo, no le creais....

El plantador hizo un esfuerzo violento, desasiéndose de los robustos brazos que le sugerían.

—No le creais, murmuró también la esclava que continuaba apoyada en la pared: yo.... yo soy la culpable.

La negra acababa de comprender en aquel instante la horrible realidad, y tomaba sobre sí generosamente todo el peso de tan ignominiosa culpa.

—Infames! exclamó Chateau-fort devorándolos con su ardiente mirada: ¿creéis evadir así el castigo?.... ah! no.... los dos sereis comprendidos.... los dos servireis esta misma tarde de risible espectáculo á todos los habitantes de mi ingenio.... ah! ah!

Y prorumpió en una risa convulsiva que heló de espanto el corazón de la pobre negra.

—Perdon! gritaba Ascanio juntando las manos y humillando hasta el pavimento su arrogante cabeza: perdonadlos, mi amo.... son inocentes.

—Inocentes! exclamó Chateau-fort con los labios secos de cólera.

—Oh! créame su melsé, mi amo, añadió Ascanio besando los piés al plantador: es imposible que estos jóvenes hayan cometido tan feo delito....

—Imposible! imposible! Ascanio: respondió Chateau-fort. No me supliques por unos infames cuya impunidad sería un baldón para mi honra y un estímulo para sus maldades....

El mulato se levantó sin responder; por su frente corrían gruesas gotas de sudor y sus cejas estaban erizadas como puntas de acero.

María Antonia lloraba sin consuelo sosteniendo á la pobre esclava que había perdido todo su valor.

Las demás negras estaban aterradas; el crimen de María de Jesus las hacía dudar de lo mas verdadero. Todas hubieran puesto su mano en el fuego por la inocencia de la esclava.

—Ea! gritó Chateau-fort dirigiéndose al mas cruel de sus capataces, encerrados en calabozo separado, hasta las cinco.... Y tú, infame beata, añadió acercándose á la asustada María, cambiarás esta tarde tu pañuelo de muselina por un manto de púrpura.

Los dos jóvenes, atados con fuertes cuerdas fueron encerrados en diferentes calabozos, y Chateau-fort corrió presuroso á entregar á Magdalena sus hermosos pensamientos de oro.

IV.

ESCLAVO Y RIVAL.

What I am, I must now show,
What I am, thou couldst not know.
Something betwixt heaven and hell.

W. S.

Imposible fuera describir la alarma y el terror que esparció en el ingenio la increíble nueva del robo ejecutado por María de Jesus y su apasionado amante. La intachable reputación de los dos jóvenes, su buena fé, su carácter apacible é inalterablemente dulce, hacían retroceder el pensamiento ante la idea del crimen.

Pero no había siquiera el recurso de la duda; Chateau-fort había sacado por su propia mano la cajita del pecho de la esclava, y ante tamaño testimonio eran inútiles todas las defensas.

La vanidad había tentado sin duda á la mas bella y pudorosa de las esclavas impulsando su alma desnuda de ambición hasta cometer un crimen que en cualquier tiempo la hubiera horrorizado.

Aunque es una verdad que pudiera llamarse axioma, que las mujeres no tienen compasión para las de su sexo, no hubo una sola negra que no sintiese profundamente la falta de María de Jesus y que no se estremeciese á la idea del castigo que la esperaba.

Chateau-fort era cruel para sus negros y llevaba siempre el rigor mas allá de lo que permite la legislación de las colonias españolas; el robo es por otra parte el delito que mas se castiga en los esclavos, y se trataba de uno perpetrado en el cuarto mismo del propietario.

Y luego, era tan delicada la organización de María de Jesus! Era tan sensible, tan escensivamente cándida, que todas sus compañeras tomaban una parte muy viva en su dolor, y hacían fervientes votos porque una mano generosa se interpusiese para evitar el castigo, que según se susurraba en el ingenio, debía ser tan pronto como terrible.

María Antonia lloraba sin consuelo; en vano había abrazado las rodillas de su amo suplicándole que hiciera recaer la pena sobre Zafiro, que como mas fuerte para soportarle, estaba tan sereno en su calabozo como Daniel en la cueva de los leones; Chateau-fort la rechazó con el pié, y la nodriza muerta de miedo corrió en busca de Ascanio, noticiándole lo infructuoso de sus súplicas y los temores que abrigaba respecto á la joven negra, á la que miraba con particular predilección.

Ascanio frunció las cejas, se quedó pensativo algunos instantes y luego pidió resuelta-

mente á Chateau-fort las llaves de los calabozos, que aquel no dudó entregarle, porque como hemos dicho le miraba siempre con una especie de temor que en vano se esforzaba en disimular.

—Su melsé, dijo Ascanio con voz débil, no querrá que el castigo recaiga sobre una inocente.... Esa pobre muchacha tan delicada....

—Bribona! exclamó Chateau-fort conteniendo su ira; ¡fítese V. en esas vírgenes pudorosas!.... Yo creo que despues de las pruebas que has visto no intentarás ya su defensa.... perdonar á una ladrona valdria tanto como impulsar á los esclavos á todos los escesos que pudiera sugerirles su carácter vengativo y feroz.

—Ah! no señor: replicó humildemente el mulato: el amo que perdona es la imagen de Dios; Dios perdona, mi amo, y sin embargo todos le temen.

Chateau-fort se paseaba por su cuarto sin contestar.

—¿Y qué te propones con tu visita? preguntó despues de algunos momentos de silencio.

—Hacerles declarar la verdad, mi amo.... yo me atrevo á jurar que esa pobre niña....

—Ah! ja! ja! ¿Te interesas todavía por esa Lucrecia? como María Antonia, como todos, porque los hipócritas tienen siempre un gran partido entre los ignorantes.... oh! pues yo te aseguro que por esta vez no me vencerán las lágrimas ni los artificios, y que he de hacer saltar en trizas su pañuelo de muselina.

Ascanio sintió que la ira que ardía en su pecho iba á estallar, y salió precipitadamente lanzando una especie de rugido que llegó á los oídos de Chateau-fort.

—La raza! la raza! murmuraba el plantador con una sonrisa diabólica; tratándose de ir contra los blancos, lo mismo es el negro que el mulato.... pero este gigante que vela mi sueño....

Y queriendo tranquilizar su vacilante espíritu y afirmarse en su resolucion, se dirigió á la habitacion de la Bonmarché, á la que encontró contemplando el aderezo por la vigésima vez.

Cuanto mas miraba y remiraba los pensamientos de oro, mas furiosa estaba Magdalena contra la atrevida y hermosa esclava que habia intentado arrebatárselos, y como ella creia que ningun castigo era bastante á tamaña osadía, Chateau-fort que por temor al mulato, empezaba á desear que la negra fuese inocente, halló en la hiel que derramaban las palabras de la francesa, el ánimo que necesitaba para llevar adelante la egecucion aplazada para las cinco de aquella tarde.

—Con que es decir que quereis presenciar-

la? le preguntó el plantador con admiracion.

—Oh! los actos de verdadera justicia son siempre gratos á las almas enérgicas, y tendré particular satisfaccion en ver el castigo desde las ventanas de la galería.

Chateau-fort no respondió. Está el hombre tan acostumbrado á encontrar siempre en la mujer la defensora del desgraciado, que no pudo menos de estrañar la crueldad de la Bonmarché, por mas que conociera su genio naturalmente interesado, irascible y vengativo.

El plantador salió y dió orden á sus capataces de que lo dispusieran todo para la hora indicada, convocando á todos los esclavos del ingenio.

Volvamos ahora á los dos jóvenes presos.

Ascanio encontró á Zafiro tranquilo, porque su conciencia de nada le acusaba; no temia el látigo porque nunca lo habia merecido, y esperando que Ascanio lograria hacer caer sobre él toda la culpa aguardaba contento la hora en que su joven amante debia ser puesta en libertad.

En cuanto á la negra débil y sensible, como lo son en general todas las almas buenas, estaba completamente abatida, y sus ojos hinchados de llorar recorrian con espanto todos los contornos del oscuro calabozo, iluminado tan solo por una pequeña tronera que daba al patio, suficientemente alta para no poder hablar ni aun ver á los de fuera que pasaban rozando con la pared.

Ascanio cerró tras sí la puerta de la prision de Zafiro y se lanzó en sus brazos.

—El amo permanece inflexible, le dijo con voz conmovida.

—Y María? preguntó Zafiro con inquietud.

—El amo se obstina en creer que es ella la culpable y yo no puedo sufrir por mas tiempo esta difícil prueba.

El rostro de Zafiro se alteró.

—Sin embargo, añadió el mulato con energía; no creo que se atreva á poner las manos en la esclava: es la favorita de la niña Silvina. ¡Si tal hiciese!...

Zafiro soltó una imprecacion de las mas terribles rechinando los dientes como un condenado.

—Escuchad, dijo asiendo al mulato de la solapa de su chaqueta blanca; yo no quiero pensar en que eso suceda, porque seria capaz de todo; pero id de nuevo al amo, juradle que he sido el ladron, que escopdido cerca de su cuarto he podido entrar sin ser visto; añadid todo lo que querais, pero salvad á María; añadió dejando correr sus lágrimas: salvadla.... ó no respondo de mí.... pobre niña!...

—Zafiro, contestó el mulato con resolucion;

basta ya de prueba.... yo voy á denunciar al amo el verdadero ladrón.

—Ah! nos perdeis.... no os creeria, y si os creyese, si entrase en su alma la mas ligera sospecha perderiais su confianza y con ella el puesto que ocupais.... ¿Y sabeis vos lo que es para los pobres negros, Ascanio el favorito, el confidente del amo?.... Ah! no hay un solo esclavo que no dé gustoso por vos la última gota de su sangre!

—Y es verdad! murmuró el mulato enternecido. ¿Qué seria de los pobres esclavos entregados al desenfrenado capricho del plantador?

Escucha; dijo despues de algunos momentos de silencio y apoyando su mano colosal sobre el hombro de Zafiro: yo te juro que nadie osará levantar el látigo sobre nuestra niña.... lo oyes? Si tal hiciese.... esa cuenta corresponde á Dios que anima nuestro brazo.

El jóven negro estrechó la mano de Ascanio con una espresion de gratitud, que decia mucho mas que las palabras.

María de Jesus, aunque débil físicamente hablando, tenia el valor de las grandes almas, y enjugando sus lágrimas rogó al mulato que hiciese todo lo posible por libertar á Zafiro haciendo recaer sobre ella toda la culpa.

—¿Y qué sabes tú lo que es el látigo? exclamó Ascanio contemplándola con ternura. Zafiro es fuerte y animoso; el oro afloja la mano del capataz y estará curado á los dos dias.... pero tú! sabes tú lo que es ese tormento? Ah! moririas de dolor y de vergüenza á los dos latigazos!

María de Jesus temblaba recordando la amenaza del plantador.

—No llores, no, eso es imposible, imposible; dentro de pocas horas estarás en libertad.

—Señor Ascanio, exclamó María juntando las manos: libertad tambien á Zafiro, ó dejadme sufrir con él, os lo suplico por lo que mas ameis en el mundo.

El mulato conmovido salió dirigiéndose en seguida á la habitacion de su amo, cuya puerta volvió á cerrar tras sí.

—Y bien, ¿qué dicen esos tunantes? preguntó Chateau-fort con hipócrita sonrisa.

—La esclava es inocente.... bien os lo decia yo, mi amo....

—Inocente! Inocente la que guarda en su pecho el objeto robado!.... oh!....

—Escuchad mi amo; la esclava no ha hecho mas que tomar el presente que le habia hecho su amante.

—Es decir, que ese ladrón ha tenido el atrevimiento....

—Escuchad otra vez mi amo; un esclavo que siente nacer las yerbas, habia oido que se

trataba de un presente, añadió Ascanio con ironía, y tuvo envidia porque él tambien amaba á una mujer.... entonces se arrastró con la sutileza de una serpiente, sin ser visto, y logró penetrar hasta vuestra cama.

—Es decir, que el ladrón quedó encerrado en mi cuarto?

—Eso mismo, mi amo, y luego se apoderó del aderezo y salió por la reja dorada, descolgándose á los patios interiores.

—Calle! observó sorprendido el plantador... aquí hay mas de lo que parece.... la reja estaba cerrada con llave.... luego....

—El esclavo sabia que su Melsé abre las rejas con el manojito de llaves que está oculto debajo del pupitre.

—Ah! luego ese infame esclavo es un espía, exclamó Chateau-fort palideciendo.... Bien! muy bien! añadió con voz amarga, yo no necesito esclavos que «sientan crecer las yerbas» ni que tengan queridas, y creo que desde esta fecha quedarán curados de todas esas propensiones.... teniendo en cuenta el cariño que profesais á esos traidores, harémos aplicar á Zafiro veinte latigazos y solo doce á su infame manceba.

—¡Doce latigazos á María de Jesus! exclamó Ascanio fijando en el plantador sus ojos espantados.

—Escucha, dijo Chateau-fort á media voz y sin atender á las exclamaciones del mulato, Ascanio.... yo estoy vendido.... espiado.... aquí hay.... una llave falsa.... el aderezo estaba cerrado con la llavecita de oro que llevo siempre conmigo.... ¡Ascanio, habla! habla!

Y fijaba en Ascanio una mirada inquieta al mismo tiempo que sus piernas flaqueaban bajo el peso de un terror creciente.

El mulato se enderezó con orgullo, dominándole con su altiva mirada y levantó en alto su mano de la que colgaba un manojito de llavecitas pequeñas entre las que brillaba la llavecita del pupitre.

—Ah! exclamó Chateau-fort corriendo á buscar las llaves que encontró debajo del pupitre.... estoy perdido!

Un temblor convulsivo recorrió entonces todos sus miembros, su rostro lívido y desencajado espresaba el miedo, el terrible miedo que inspira siempre al plantador el espionaje de sus esclavos.

El mulato guardó el manojito de llaves y le contempló algunos momentos en silencio, pero sus labios comprimidos anunciaban una terrible tempestad.

—Ascanio! Ascanio! dijo Chateau-fort dirigiendo hácia él su mirada suplicante: habla....

—Felipe de Chateau-fort! exclamó al fin el

mulato dirigiéndole una mirada amenazadora: yo.... yo soy el ladron!

—Tú! imposible! repuso Chateau-fort pali-deciendo.

—Yo.... tu esclavo.... tu rival.... y ahora tu dueño.... Yo que me gozo en tu miedo, que tengo llaves para todos tus tesoros, para todas tus rejas, para todos tus secretos; yo que te odio, que me complazco en tu dolor y en tus celos, porque soy amado de la mujer que adoras....

Chateau-fort alzó los ojos temblando hácia la puerta que estaba cerrada con llave.

—Escucha, dijo el mulato con voz sorda, sujetándole entre sus manos colosales. Yo amo á Magdalena que te aborrece, que se burla de tu amor decrépito... Yo la amo... yo he comprendido que se trataba de algun presente secreto de amores, y que los celos te obligaban á ocultarte de mí, y en lugar de ir á Puerto-Escondido, me oculté con Zafiro en uno de los muchos escondrijos que tú ignoras y que me permiten espiarte á mi placer. Entonces me arrastré con la sutileza de la serpiente hasta la puerta de tu cuarto, ví en tus manos la cajita y temblé de cólera. Luego que salistes penetré en una trampa que se abre detrás de tu lecho, corrí al pupitre, abrí todos sus tiradores, todos sus secretos y al fin encontré la cajita, descolgándome en seguida por la reja á cuyo pié me aguardaba oculto Zafiro.

—Toma, le dije; esta era la joya que el amo iba á ofrecer á la mujer que adoro.... yo te la doy para que se la ofrezcas en mi nombre á tu querida Maria. Zafiro aceptó y entregó la cajita á su amada sin explicarla el secreto de su adquisicion.

La inocente Maria, la esclava casta y pudorosa que no mereces, no hubiera revelado jamás que habia recibido un presente para cuando tomase el nombre de esposa. Alma tan pura como noble, cuando asustada su castidad á la vista del registro indecoroso, cae aterrada por la idea de que el presente que le ha hecho su amante es el objeto robado: esa pobre niña no duda en acusarse de ladrona para salvar á su amante ó á su amigo.

—No, no; es imposible! Eso no es mas que un subterfugio para salvarlos.... tú no amas á Magdalena.... murmuró el plantador estremeciéndose á la presion de aquellos brazos hercúleos que le sugetaban.

—¡La adoro! ¡la amaré siempre! exclamó el mulato clavando en él sus negras y ardientes pupilas.... yo soy el ladron, y tú el que tiembla; yo soy tu rival y tú me pedirias perdon porque continuase velando tu sueño ¡Cobardes! El plantador humano y justo no necesita va-

lientes que le guarden la vida! Yo te desprecio, te odio porque amas á la mujer que amo... ¡Yo te abandono á tu suerte.... Felipe de Chateau-fort! pero no olvides nunca que yo soy el ladron y que esos pobres esclavos son inocentes.... si dentro de dos horas no están en libertad, si tan infame como cobarde osases tocar tan solo á un cabello.... tiembla!.... oh! sí! tiembla!

Y abriendo la reja dorada que daba á los patios interiores, desapareció antes que Chateau-fort pudiese levantarse del suelo donde Ascanio le habia obligado á hincarse de rodillas.

Temblando de miedo al recuerdo de las amenazadoras palabras del mulato, rabioso de ira por la pérdida del esclavo de mas valor, dirigióse ardiendo en celos á la habitacion de la Bonmarché que tarareaba en aquel momento su *vaudeville favorito*.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

DE CONTRA PEREZA DILIGENCIA.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

EPISTOLA.

A MI QUERIDO AMIGO ERRAN.

Oh! tú feliz mil veces, caro amigo,
Que alejado te encuentras de la corte
Y de sus tristes farsas al abrigo.
Feliz mil veces, sí; pues que tu norte
Es al tiempo legar el dulce encargo
De que á su tiempo tu existencia corte.
Porque aunque á muchos les parezca amargo
Es fuerza convenir en que la vida
Tiene una edad de tan cruel letargo
Que hace la muerte casi apetecida,
Antes que edad tan triste y pavorosa
Por visitarnos deje su guarida.
Así tú, mi buen Pepe, á cada cosa
Dando lo suyo, y consintiendo al mundo
Siga su marcha de *verdad* y prosa,
Feliz en tu retiro, cual fecundo
Arroyo, que entre plácidos rumores
Vida á las plantas dá, gozas profundo
De esa dulce ilusion que es fuerza adores,
Cual es con tierna mano al desvalido
Su árida senda coronar de flores.
Oh! mil veces feliz; tú que has sabido
Hacer tu vida puerto de bonanza
Donde encuentre el dolor un bien querido
Sin que sombras anublen su esperanza!
Ya me parece verte, así que el dia
Entre las sombras de tu alcoba avanza
Legándola reflejos de alegría,
Abrir los mustios ojos, y las gracias
En sentida oracion dar á María.

Levantarte despues, sin que falacias
 De criados ni necios importunos
 Eternos portadores de desgracias
 Nublen tu frente: que si bien algunos
 Como la yedra son amigos fieles,
 Los mas han hecho profesion de tunos.
 Por eso con tal gozo á tus lebreles
 Ves en el patio que á salir se aprestan
 En busca de la caza que tú anheles.
 Y así, apenas te ven, todos contestan
 A tus caricias, con caricias tantas,
 Como tus manos á sus lomos prestan.
 Salir despues al campo, y las gargantas
 Recorrer de las fértiles colinas
 Hasta mirar revueltos á tus plantas
 Patos, perdices, liebres y gallinas,
 En cuya hora, junto á clara fuente
 Y á la sombra de plácidas encinas
 Con la cansada jauria frente á frente
 Tú que con tal donaire hacerlo sabes,
 Como aquel que en su alma la paz siente,
 Comer algunas suculentas aves
 Que envidia dieran á los mismos reyes.
 Beber un trago, y entre ideas suaves
 De las que nunca conocieron leyes:
 Recostar la cabeza en la bujaca;
 Hasta que al fin de las perrunas greyes
 La barahunda sin igual te saca
 Del dulce sueño, que á emprender te obliga
 La senda do tu albergue se destaca.
 Llegas á él, do ha rato que se abriga
 Turba alegre de honrados labradores
 Que tu piedad á tus haciendas liga:
 La cual feliz al ver tantos favores,
 Despues de concluir sabrosa cena
 Va á esperar en el sueño los albores
 De otra mañana plácida y serena,
 Bendiciendo al que así sabe en la vida
 Convertir en placer la amarga pena.
 Cuán distinto de aquí! cuán desabrida
 Es la paz de este piélago infecundo
 Donde la humana condicion se anida!
 Si por la corte se graduase el mundo
 ¡Cuántos en un rincon no se dejarian
 morir de hastío y de dolor profundo!
 Aquí no hay fé ni dicha: y si bajaran
 Arcángeles del cielo, arrepentidos
 Pronto otra vez al cielo se tornaran.
 Aquí imperan en todos los sentidos;
 Aquí ves la virtud vagar errante
 Entre sombras y duelos comprimidos;
 Y en trono de oro, nácar y diamante
 Con corona de rey, alzarse el vicio
 Ante una grey inicua y postulante.
 Aquí un triste aprendiz de un mal oficio
 Aunque sea aprendiz de zapatero
 Se llama artista: y todo el sacrificio
 Consiste en poseer mucho dinero
 Aun cuando para hallarlo necesites
 Robar el corazon al mundo entero.
 Nada hay aquí verdad: y no te irrites
 Si la verdad desnuda ante tus ojos
 Pongo un instante sin que tú me incites.
 Pues son tantos y tantos los enojos
 Que esta corte me causa, que le diera
 El corazon y el alma por despojos
 Si alma en mi pecho y corazon hubiera:
 Pero hace tiempo lo perdí en la corte
 Y en vano lo perdido aquí se espera.
 Ay de tí! si caminas sin un norte
 Que haga al mundo abatir la altiva frente

MAYO.

Ante tu oro, tu virtud y porte!
 Entonces podrás ver cuan elocuente
 Es esa frase que sentado deja
 Que el mundo solo en su rigor se siente.
 Todo aquí, mi buen Pepe, se moteja;
 Todo aquí se disfraza, y lo elegante
 Es cada quisque, ver como refleja
 Lo contrario que siente, en su semblante.
 Por eso las mujeres una cosa
 Anhelaron buscar en el instante
 Para dar á su faz tinta dudosa.
 Y así iniciado el femenil capricho
 Nació el blanquete, que á la mas hermosa
 Sombra la hacia huida de algun nicho.
 Aquí, en fin, por andar á troche y moche
 Con el buen parecer como te he dicho
 Se hace por lo comun del dia noche:
 Se come al huir el sol: se va á paseo
 Sobre un mullido y alquilado coche
 Que luzca á cada lado un gran trofeo,
 Para pasar por *grande* y un instante
 Causar con tal *grandeza* devaneo.
 Todo aquí, para el mal anda boyante:
 Por eso si ambicion tu pecho siente
 De esa, del corazon faro brillante,
 No vengas, no: que aquí continuamente
 Se vé al sabio contar todas sus glorias
 Por las solas arrugas de su frente.
 No vengas, no: pues son tan ilusorias
 Las dichas que aquí hay, que si en mi mano
 Estuviera olvidar estas historias
 Que me abrasan con fuego sobrehumano,
 El corazon y el alma acaso diera
 Por olvidarlas: mas recuerdo ahora
 Que en la corte al llegar por vez primera
 Las dos cosas perdí, y nadie ignora
 Que en valde lo perdido aquí se espera.
 Mas si hastío tan triste me devora
 Aun contra él me quedá un gran resorte
 Que me llena de orgullo; pon cuidado:
 Que si yo entré en la corte, aun la corte
 Oh! mi querido Pepe! en mí no ha entrado.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

CARICATURAS LITERARIAS.

ARTÍCULO 2.º

LO DE SIEMPRE.

"La ampolla de jabon refleja los
 brillantes matices del iris: se la toca
 y desaparece."

SIMIL PALPABLE.

"Primero, yo; luego, yo; despues, yo."

AUTONOMIA DE UN LITERATO.

"Y ¿á mí qué?"

EPÍGRAFE DE GACETILLA.

"Jamás le sucedió cosa ninguna" al intere-
 sante Licio, decia al concluir mi primer le-
 yenda: cierto; pero despues de aquella delicio-

sa mañana de Abril vinieron otras, y sobre todo, otra igualmente deliciosa, en la cual hubieron de acaecerle cosas muy dignas de ser referidas, al decir suyo; aunque tengo para mí, señores, que no deben ser en extremo nuevas ni de gran monta. En fin, ya que así lo quiere nuestro héroe, sea. Reanudemos el hilo de nuestras relaciones con el romántico Licio, á quien dejamos de centinela sobre el húmedo césped á peligro de pescar una *grippe*, que es la dolencia de moda. Manos á la masa, comencemos suprimiendo la introducción, á buscar nada menos que

El amor en las flores.

Era una mañana de Abril.

En la ribera del Arlanzon, veíase á Licio, fija la vista en el río y el oído atento al ruido sonoro de la tranquila corriente. Allí creía encontrar la imagen de su vida, de su monótona vida, que se deslizaba como las ondas, como la nave que no deja tras de sí huella en el mar.

Absorto estaba en tales reflexiones, cuando un ruido, semejante al murmullo de la brisa que juguetea con las hojas caídas, vino á turbar sus meditaciones. Era el rumor de los pasos de una gentil hermosura, que á par suyo recogía flores en el alda.

Apenas podría contar la joven diez y seis primaveras á juzgar por lo flexible y airoso de su talle, la gracia y viveza de sus movimientos. Mediana estatura, rubia y abundosa cabellera, que flotaba á merced de la brisa matinal, cayendo en bucles sobre los hombros, blanca tez, labios rosados, ojos azules velados por largas pestañas, pie breve cubierto en parte por los pliegues de una bata blanca: hé aquí su fiel retrato, que un artista envolvería para darle espresion en un ambiente de candor.

Tan embebecida la tenia su sencillo pasatiempo, que no reparó en la presencia de Licio. A poco rato levantó la cabeza, le miró, cubriéronse de rubor sus mejillas, y comprimiendo un grito de sorpresa en el pecho, abandonó temblando la falda, esparciendo por el suelo las flores que con tanto afán recogiera.

—No temais, la dijo él cogiéndolas; soy un joven poeta, vengo á inspirarme contemplando la bella naturaleza en estos deliciosos vergeles. Tal vez hubiese pasado la vida admirándola á no haberos visto; pero...

—Adios, caballero, le contestó aparentando alejarse; mil gracias por vuestra amabilidad en recogerme las flores. Cuesta tanto buscarlas! Ha sido tan seca la primavera, que no he podido reunir un ramillete despues de recorrer estos prados.

—Tanto os agradan las flores?

—Oh! sí, mucho. Retirada del bullicio de la ciudad, vivo en esa casita que veis al otro lado del puente: mi única diversion, mi placer, son las flores. En el jardin tenia tulipanes, clavequinas, cinamomos, jacintos, de todo; pero no ha llovido en quince dias y se han marchitado. Las riego, las cubro con los fanales, nada: pobres flores mias! ni una sola está lozana! Por eso salgo á la pradera en busca de rosas silvestres. Moriria de tristeza el dia que no tuvieran flores mis jarrones.

—Y por qué las amais tanto?

—Por su matiz, por su fragancia. Mirad este lirio. Seguro, jamás llegará un pintor á imitar su color anaranjado, sus manchas pajizas, ni menos la gallardía con que abre el capullo al rocío de la mañana.

—No veis algo mas en ellas?

—No: mamá dice que alaban en silencio la grandeza de nuestro buen Dios; pero yo solo encuentro en su cáliz la hermosura y la fragancia: y vos?

—Yo, respondió dirigiéndola una tierna mirada; yo.... veo mas.

—Qué veis pues? le replica bajando los ojos con angelical modestia.

—Yo... os encuentro á vos, veo al amor, y...

Los labios de Licio balbucearon algunas palabras incoherentes, latióle el corazon con violencia, la sangre, cual lava ardiente, abrasaba sus venas, el temor y la esperanza se agitaban en su alma, sentia dentro del pecho un placer desconocido, inmenso, indefinible: amaba por primera vez.

—Qué teneis? repuso de pronto la joven con acento conmovido: ¿no quereis ya descubrirme lo que habeis visto en las flores?

—Sí, sí, os lo diré. Sentaos á la sombra de esta acacia; sentaos, y os lo diré.

Sentáronse al punto, y el poeta señalando con el dedo dijo:

—¿Ves aquella clavellina de trasparente color?

Su corola purpurina,

su perfume sin color

¿no suscita repentina

en tí la idea de amor?

Sí, que esa flor en amor

su bella existencia funda.

¿La ves el tallo doblar

unirse en blanda coyunda

otro cáliz al tocar?

Su seno el amor fecunda.

Héla airosa gallardearse

mientras amores respira,

mientras su aliento mezclarse

puede de amor en la pira;
 luego mustia marchitarse.
 Y por qué? su amor espira....
 De amor la imagen hermosa
 ¿no es el cáliz de esa rosa?

Apenas concluyó los dos últimos versos, que se deslizaron de sus labios, no como la tranquila corriente del río por entre el césped verde, sino con la impetuosa fluidez de una pasión repentina y vehemente, las mejillas de la virgen se cubrieron de grana, nublóse su vista, una gota de rocío rodó por su frente y desvanecida apoyó en el hombro del mancebo murmurando: "lo comprendo, amadme...."

Entonces sus alientos se confundieron... Contempló Licio aquella fisonomía pura é inocente reclinada sobre su pecho y sintió dilatarse por el suyo un sentimiento de religioso respeto, al par que una calma deliciosa, que solo puede comprender el que por vez primera la siente: amaba, era amado, era feliz.

Un rayo de sol atravesando el verde celaje del plátano, hirió la frente de Licio, alzó la cabeza y al divisar á lo lejos un bulto negro que con grave y mesurado paso se acercaba,—mira, la dijo tendiendo la mano.

—Adios, exclamó la joven levantándose turbada: es mamá!

—Tu nombre?

—Celia.

—Celia, no olvides á Licio: adios!

LUIS DEL BARCO.

¿QUIÉN ES ELLA?

CUENTO.

(IMITACION DE HOFFMANN.)

(Conclusion.)

Si, sometida á los experimentos químicos que la Academia determine, resultara que la solidez de su tejido es tal y tanta como yo creo, mi *Aguilareña* hará una revolucion en el comercio, y sobre todo en las modas femeninas. Con esta fecha solicito del Ministerio de Fomento el correspondiente privilegio de introduccion en España, y te lo anuncio para que no lo pidas tú, que eres muy capaz de ello.

Esto es cuanto, por amor á la ciencia que no por otra cosa, debo responder á tu insolente carta,

AGUILAR.

CARTA DÉCIMA QUINTA.

Vega á Aguilar.

Ladron estúpido! la gasa verde que cubria á mi *Antonina*, era de un sombrero de paja de Italia que compré hace tres años en Madrid, en la calle del Cámen, frente á la de la Salud. El velo estaba en mi poder como prenda de amor: lo llevo siempre en el bolsillo del frac, sobre mi corazon amante. Cuando encontré á mi *Antonina* dormida sobre la yerba, la cubrí con la gasa verde para poder examinar despacio, un dia y otro dia, sus maravillosas funciones en el pleno ejercicio de su existencia.

Si envias la gasa á la Academia y pides al ministerio privilegio de introduccion, la Providencia me vengará, poniéndote en ridículo á los ojos de toda la Europa sabia.

Pero sobre mis pasiones está mi amor á la ciencia; sobre mi deseo de venganza está mi gloria de naturalista. *Antonina* es mia, solo mia! devuélvemela, estúpido pruhdoniano, ladron ignorante, ó acabará este asunto como tú no esperas.

VEGA.

CARTA DÉCIMA SEXTA.

Aguilar á Vega.

Tú sí que eres estúpido y ladron. ¡Solo con la vida me arrancarás á mi *Aguilareña*!

AGUILAR.

CARTA DÉCIMA SÉTIMA.

Vega á Aguilar.

Pues bien: te arrancaré la vida y mi *Antonina*. Mañana á la puesta del sol espérame á la linde del bosque, donde fuiste á buscar *rizóstomos azules*. Lleva contigo la caja de cristal para que pueda yo recobrar lo que es mio en el instante de tu muerte. Yo llevaré mis pistolas.

VEGA.

CARTA DÉCIMA OCTAVA.

El capitan de la Ferrolana al Excmo. Sr. Capitan general de las Islas Filipinas.

Flores 10 de Octubre.

Cumplo el triste deber de comunicar á V. E. un horroroso acontecimiento, que nos roba dos hombres estimables, dos famosísimos sabios, segun decian el uno del otro.

D. Antonio de la Vega y D. Félix de Aguilar han pasado á mejor vida.

Hace tiempo, cosa de un mes, habia yo reparado que se enfriaba su íntima amistad visiblemente. Luego supe que sus criados respectivos andaban trayendo y llevando cartas de aquí para allá. Ayer por la tarde recibí aviso de que habian marchado juntos al bosque, provistos de pistolas y de una caja que sin duda era un botiquin. Cuando llegamos allá el piloto y yo la horrorosa catástrofe no tenia remedio. Los dos yacian en tierra; Aguilar muerto y su contrario moribundo. Este se habia arrastrado hasta la referida caja y la estrechaba convulsivamente contra su corazon. Cuando lo separé de ella me alargó un papel... y espiró.

El papel contenia este solo nombre: *Antonina*. El piloto habia cojido al propio tiempo la caja de cristal, que tenia otro nombre, pegado en otro papel á manera de rótulo: *Aguilareña*. El primero, el que me dió D. Antonio, ostentaba por detrás dos obleas humedecidas; el segundo estaba medio arrancado con las uñas. Estas observaciones nos hicieron comprender que en las ansias de la muerte Vega habia intentado sustituir la papeleta que decia *Aguilareña* con la que decia *Antonina*.

El asombro, el terror, las emociones que aquel sangriento espectáculo nos inspiraba, paralizaron nuestros miembros muchos instantes. El piloto, mas dueño de sí mismo que yo, abrió la caja al fin con mano temblorosa... esperábamos que encerrase algun terrible secreto; apenas nos atreviamos á mirarla....

No sabré decir á V. E. lo que contenia, pues nada ví; el piloto dice que salió volando una especie de mariposa de colores, igual ó casi igual á todas las mariposas de España. Yo no puedo creerlo; y aunque está la caja vacia, insisto en que encerraba algun terrible secreto que se han llevado á la tumba los dos sabios. Me afirma en esta opinion un pedazo de gasa que encontré en el bolsillo de Aguilar, y que indudablemente procede de la colgadura ó mosquitero de una cama. Sí, sí, se han llevado á la tumba algun secreto muy terrible.

Regresamos á Flores inmediatamente para disponer un lucido entierro digno de España y de españoles tan ilustres. Los bondadosos príncipes Trapo-bana y Ka-mandela nos prometieron acompañarnos con su corte para dar mas esplendor á la ceremonia; pero al volver al teatro de la catástrofe, solo quedaban de los malogrados naturalistas.... los huesos.... los antropófagos se habian comido lo demás.

Dios guarde á V. E. muchos años, etc.

El capitán de la fragata Ferrolana.

CONCLUSION.

Los que se tomen el trabajo de hojear las *Gacetas de Madrid* ballarán en una de ellas los siguientes renglones:

"El capitán general de Filipinas participa en 1.º de Noviembre que no ocurre novedad en aquellas importantes colonias.

"En Flores, una de las islas de la Sonda, (Oceania) han sido devorados por los antropófagos dos de nuestros mas distinguidos naturalistas, D. Félix de Aguilar y D. Antonio de la Vega, que se ocupaban en descubrimientos importantísimos, que es un dolor ver malogrados. El primero lega á la Academia de ciencias una memoria en latin acerca de un *lepidóptero* de nueva especie, que si bien se asemeja bastante á nuestra mariposa comun, produce, eclipsando al gusano de seda, una gasa tejida y todo."

VICENTE BARRANTES.

LA TONTERÍA ES UN BIEN.

LA LOCURA UNA FELICIDAD.

Me propongo probar unas verdades de Pero-Grullo, y no sé por qué ni para qué este trabajo, cuando hay axiomas cuya sola enunciaci6n deberia bastar á resumir las creencias. Sin duda no sucede porque el hombre es orgulloso, le cuesta mucho confesar sus errores, y le cuesta mas cuando lo son de toda su vida. Mis tesis son tan exactas como el dos y dos suman cuatro, y sin embargo habrá, como en todo, su oposicion. Venga, en hora buena: la venceré, porque espero quedar en mayoría, y en esta época el ser mayoría es una ganga.

Permítaseme tomar las cosas desde mas atrás, porque en cuestiones de tal trascendencia preciso es no dejar ningun cabo suelto. Conozcamos al hombre y conozcamos la época. Este estudio prévio nos servirá de mucho.

El hombre; este que llaman el primer ser del universo; este rey de la creacion, bueno, poderoso, inteligente; este dios de la tierra, humilde con los fuertes, fuerte con los humildes, nació y vive en este valle de lágrimas ó para sí ó para los demás. Estas situaciones son como cuerpos electrizados de un mismo modo, que están en oposicion y se repelen. Así que, su destino es, ó vivir para sí ó para los otros. Bien sabido es que honra y provecho

no caben en un saco. Esto sentado, dejemos aquí al individuo y tomemos la época.

¡Siglo XIX! Bien venido seas, tras tus diez y ocho hermanos tan buenos como tú. Bien venido seas, porque aunque con tus acciones y tus reacciones, con tus discordias y tus sistemas, con tus elecciones y tus periódicos, con tus garantías y tus tropelías has llegado al fin orlado con una deslumbrante aureola, en que á guisa de programa se lee: *Soy positivo*. Esto es; voy á dar comienzo á una época puramente de hechos, de sumas, de resultados. Nada de teorías. Lo que valga y nada mas. Así que, bajo su esfera de accion, el rey del mundo se deja de cuentos, y en vez de vivir para los demás, vive para sí y hace bien. La razon es muy sencilla. Obrando de este modo toma una parte muy activa en pro de la felicidad general. Como esta la constituye la suma de felicidades individuales, el hombre que vive para sí disminuye el número de los desgraciados, y cuando todos le imiten, se conseguirá el objeto y se marchará en armonía con el pensamiento que presidió á la institucion de las sociedades, que no es otro que el bienestar general. Véase cómo el hombre y el siglo están de acuerdo, y si en otros siglos, otros hombres consagrados al estudio han sacrificado su existencia al bien de los demás, en este que corre se busca este mismo bien de una manera mas cómoda. Yo tambien á mi vez conformándome con este hecho consumado, al decir que *la tontería es un bien*, me refiero á mi época, y solo en el concepto de que es un bien indirecto para los demás como directo para el individuo.

Con el Diccionario de la Academia en la mano defino así la tontería: —*ignorancia, falta de entendimiento y razon*.— Luego en probando que el *entendimiento y la razon son un mal*, quedará probado que *la tontería es un bien*. Entendimiento es «la potencia en virtud de la cual se tiene idea clara de las cosas, y se comprenden.» ¡Dios mio! y ¿qué comprenden los que tienen entendimiento? ¿Qué cosas son esas de las que tienen idea clara? Lo que pasa por aquí: las cosas que la alta sabiduría vió desde luego, y le hicieron llamar á esta tierra el valle de las lágrimas. Los hombres en guerra contra los hombres: las mujeres en guerra contra los hombres y contra las mujeres: la amistad convertida en especulacion, el amor en negocio de bolsa, la virtud en careta, la conciencia en muñeca de goma elástica, el honor en pesos duros, el valor en fanfarronadas y la gloria en fuerza. Este es el resultado que dá el entendimiento; porque pensar y creer que ejerce en el dia la

influencia bastante para variar el cuadro, pertenece al siglo del idealismo y las teorías, no al nuestro. Y para tal espectáculo ¿cuánto mejor fuera que el hombre no tuviese idea clara de las cosas? Por cierto no las veria tan desconsoladoras como son, y á su capricho quedaria el cuidado de pintarlas segun conviniera á sus fines. Todo bueno, todo risueño, todo feliz: todo virtud, amor, buena fé: todo verdad. El entendimiento es un obstáculo. Para qué lo quereis, pues? Para llorar y padecer? Para temblar y horrorizarse...? ¡Ah! Ya caigo: lo quereis para ceñir esas coronas de laurel que llaman del genio: para adquirir fama imperecedera. Sí: haceis bien: trabajad, trabajad por la gloria; pero ved á ese que la tiene adquirida. Examinadlo... No se afana, no comprende, no tiene idea clara de las cosas, ni le importan, y la adulacion le teje coronas y el pueblo le tiene por sabio. Lo es, sí: mas que el que mas. Ha sabido ganar ese dictado sin trabajo. Abriéndoo esa nueva via para la inmortalidad, ha terminado su mision en este suelo que sabe explorar.

Llevemos la cuestion al terreno de las comodidades. Para saber, se necesita estudiar. Primer inconveniente. Para estudiar, se necesita dinero ó proteccion. Segundo inconveniente. Para que se sepa que uno sabe, se necesita manifestarlo. Tercer inconveniente. Despues, á pesar de esto no se le cree todavía, y necesita convencer á los que están en disposicion de convencerse, que no son todos. Cuarto inconveniente, que tiene visos de imposible, y por este estilo otros mil. Que al calificarlos de inconvenientes, me he apoyado en razon, no hay para qué probarlo. El estudiar es incomodarse: el dar dinero por incomodarse es malo: el acto de manifestar que uno sabe va precedido de mil desvelos y otros malos sinsabores y malos ratos, y esto no creo que es bueno; y el convencer á los demás es una insuperable empresa, y lo que es peor, de muy mal gusto.

Pero yo quiero por un momento anular, reducir á cero todos mis inconvenientes. Y bien, ¿qué tenemos: cuál es el resultado? Que solo los que tengan idea clara de las cosas (que son, por fortuna de los mas, los menos) sabrán que uno sabe, y tocarán los clarines, y enarbolarán el incensario. Bueno; pues compárese la nombradía con que estos pueden adornar á su ahijado con esa fama tradicional adquirida por influjo de los mas, y pésese en la balanza de la sociedad. En ella el fiel siempre declina hacia el platillo donde está colocado el mayor volumen. Luego en este sentido tampoco sirve de nada el entendimiento. Digo mas toda-

vía: es un mal y el agente que hace imposible la felicidad.

Lectores míos, yo quisiera en este momento poder transmitirlos con exactitud mis ideas. Me figuro una sociedad compuesta en su totalidad de tontos, y ella es para mí el tipo de la perfectibilidad, la isla de Jauja, el manantial de los goces; en una palabra, la tierra prometida. No habría libros: los pedantes tendrían perdido el pleito: esos edificios tan anti-páticos que desde la niñez tanto nos repugnan, y que con tanta facilidad y placer dejamos por un trinquete ó por una plaza donde jugar al toro, esas universidades y colegios se hundirían y harían bien. No habría notabilidades de campanario, ni presuncion, ó á lo menos no sería de tan repugnante calidad como la de ahora; ni médicos, ni abogados, ni literatos, ni pleitos, ni... tantas otras cosas que ahora nos sobran! Adquirirían la prepotencia que debieran los titiriteros y los polichinelas. ¿Por qué se les ha de postergar y han de ocupar su sitio los filósofos, los sabios y las ciencias?... ¡Ciencias!... Solo reconozco una: la de pasarlo bien.

En el orden físico no es menos cierta mi proposición. Véase la figura de un tonto. Blanco, rollizo, de un abdómen bien pronunciado, como si dijera: «aquí, aquí está mi vida, mi potencia: aquí han venido á parar mis facultades intelectuales.» Siempre alegre, las comisuras de su boca elevadas y la dentadura, igual y limpia por el uso, asomando de continuo á los enrojecidos labios. Sus ojos brillantes, siempre sanos y sin necesitar el auxilio de los lentes. El rizado cabello adornando su redonda cabeza, reducida su frente á sus naturales confines, sin permitirse la traslimitación, y sin protuberancias, ni entrecejo. Las mejillas sonrosadas: ya se vé, no han podido descolorarse, porque jamás por ellas ha pasado el llanto, ni otro líquido que el que deja un beso, ó la hebdomadaria rasura. Su salud completa, á prueba de intermitentes y de sistemas médicos, y todo él respirando risa y felicidad, y diciendo con su figura al mundo inteligente: «me sirves de contera, y no me importas un bledo.» Sófocles decía: *In nihil sapiendo vita jucundissima*, y Salomón decía: *Stultitia gaudium stulto*. ¿Qué quiere decir esto? Que el tonto lo pasa bien. ¿Y todavía este mundo ridículo será capaz de despreciarte, hombre sublime? Salga, salga á la palestra una inteligencia de la época, con su calva y sus gafas, con su desfallecida voz y mas desfallecido estómago, con su entrecejo y lúgubre mirar, con sus vértigos y flatulencias, con sus pesadillas y suspiros, con sus nervios y

debilidades, y por fin y postre, con sus enfermedades secretas y sus remedios específicos. Salga, salga, que en parangón de tí quedará lucido. ¿Y qué quiere decir esto? Que el que tiene entendimiento lo pasa mal. Luego el entendimiento es un mal: luego el entendimiento es un agente que se opone á la felicidad.

Muy bien se ha dicho desde la mas remota antigüedad que — *Qui apponit scientiam apponit dolorem, et in multo sensu multa indignatio*. ¡Cuánta verdad encierran estas palabras! ¡Cuánta luz! Hombres, no os neguéis á ellas. Oid la voz de un orador sublime que gritaba: *Cor sapientium ubi tristitia est, et cor stultorum ubi letitia*. Allí, allí está la alegría, en el corazón del tonto. ¿Y buscáis sin embargo la tristeza? La tristeza, que como decía muy bien Arnaldo de Vilanova, famoso médico, «desecha los huesos, consume la carne, perturba el espíritu, arruga el cuero, angustia el corazón, gasta la memoria y es causa de otros graves daños.» ¿Y queréis que os llamemos inteligentes? No; mil veces no. Entráis, aunque os pese, en nuestra comunión, completáis el número de los tontos, y en la sociedad humana quedan apenas excepciones. Ya dijeron que el mundo estaba lleno de ellos, Salomón en el primer capítulo del *Eclesiástes*, y Cicerón en el nono de sus cartas familiares.

¿Se necesitarán todavía mas pruebas para la convicción íntima de que mi primera proposición es cierta? Allí va una. Ningún trabajo mental ocupa al tonto. Los trabajos de esta naturaleza le son desconocidos é imposibles. El que tiene entendimiento carga con los suyos y con los ajenos. ¿Y habrá alguno que á esta desproporcion le llame buena? No pertenecerá sin duda á esa aristocracia que se llama del saber. Y ahora que digo aristocracia, ¿cómo apellidaremos á la tontería cuando es la que ejerce gobierno en el mundo? Se propone un fin: cierra los ojos, y ni oye razones porque no las comprende, ni le hace mella ninguna consideración, ni le detiene ninguna ley, excepto la de la fuerza; cuando el que tiene entendimiento se ve ligado por esta, por la razón, por las consideraciones, por los caprichos y hasta por el qué dirán.

Otra prueba que confirma la verdad de mi tesis es la siguiente. La felicidad del hombre está en razón inversa de sus necesidades; así que será tanto mas feliz cuanto menos necesite. De aquí deduzco dos consecuencias altamente lógicas. Primera: si el tonto *no tiene idea clara de las cosas*, tampoco la tendrá de que necesita, ni de lo que necesita. Segunda: el Ser eterno dió al hombre los órganos de la visión que serían nulos sin la luz. Es decir,

que para que sirva los ojos se necesita luz. Pues bien, el entendimiento, que es otra facultad, tiene sus necesidades y sus exigencias: el que se ve sin ellas es mas feliz, porque, lo repito, la felicidad está en razon inversa de las necesidades.

Los tontos y los niños (por lo que tienen de tontos) dicen las verdades. Este es un refran español, uno de esos axiomas vulgares que no tienen contradiccion. Tienen este privilegio tan importante. No creo haya nadie que se atreva á negar que la verdad es un bien; y siéndolo, la tontería es el origen de este bien. Y obsérvese que si en esta tierra de aberraciones y trapisondas hay tan poca verdad, es desde que los titulados inteligentes comercian con ella, tratan de monopolizarla, de explicarla á su manera. Buenos nos han puesto! Nunca, nunca han sido, no son, jamás serán estos los sacerdotes de la verdad. Son meros revendedores, charlatanes.

Poco tendré que añadir para probar que la razon es tambien un mal. Si, segun el diccionario de la lengua, considero la razon como *potencia intelectual en cuanto discurre y raciocina*, probado ya que el entendimiento es un mal, no lo está menos que discurrir y raciocinar són otro. Si defino la razon como la *facultad de formar raciocinios*, no siendo otra cosa que «argumentos ó discursos» siempre representan un trabajo, y los trabajos en ningun sentido que se tomen, pueden ni deben merecer la calificacion de bienes. Por otra parte, y aunque sea desviarme un poco de la cuestión, como la razon está tan escasa en este mundo racional y razonador, todos andamos con ella á vueltas y quitándonosla unos á los otros. Para tener el sentimiento, cuando la tenemos, de que nos la quiten ó no nos la den cuando deben, preferible es mil veces no tenerla nunca, como lo seria no tener un duro, en parangon del que lo tiene y se lo arrebatan.

No acabaria jamás si tratase de apurar esta materia y apoyarla en textos incontestables. Basta y sobra, y el que no se convenza, que consulte con un escritor holandés del siglo XV que se llamó Dionisio Erasmo (1).

La locura es una felicidad! Ya lo creo: como que es el sublime de la tontería: como que en-

tre un tonto y un loco no hay mas diferencia que la que existe entre el *algo* y el *mas*. El uno es un personaje cómico, el otro un personaje trágico: aquel sirve para una farsa, este para una epopeya. Analicemos, sin embargo, y para ello sigo sirviéndome de los maestros de la lengua.

Locura es una enfermedad que priva del juicio y embaraza el uso de la razon. Tras lo que llevo probado esta sola definicion deberia bastarme; pero acabaria mi artículo antes de tiempo, y no llenaria mi hueco.—El juicio y la razon son un mal, constituyen por sí una enfermedad gravísima que desaparece con la locura. Esta obra en el caso actual como obra un sinapismo, y nunca el escozor del sinapismo ha podido darle el médico tanta importancia como á la enfermedad primitiva, representada en este caso por el juicio y la razon. Además, no deben curarse todas las enfermedades, y este es uno de los pocos axiomas en que han llegado á estar conformes los médicos. La locura es de estas enfermedades. Nos priva de todos los males! El gran Séneca decia, que en este mundo convenia ser ó *rey* para castigar á los malos, ó *loco* para no sentir las injurias y agravios, y no darle importancia á cuanto nos rodea. Con lo primero no estoy de ninguna manera conforme y menos en los tiempos que corren; pero en cuanto á lo segundo es sin duda la mejor de todas sus sentencias.

El amor es una locura: el matrimonio otra, pues el amor y el matrimonio son la clave de la sociedad, el sosten de la especie humana. A esta locura se debe la existencia, y en tal sentido es tambien una felicidad, pues segun los inteligentes, el hombre no puede ser feliz sin amar.

Un refran consigna, y consigna muy bien, que de músico, médico y loco todos tenemos un poco, y puede decirse á este propósito lo que decia Jesus cuando la mujer adúltera: «que arrojara la primera piedra el que se creyera sin culpa.» Que cada uno se examine á sí propio, y haga confesion de alguno de sus caprichos ridículos, y resultará una coleccion de locuras, que no por ser frecuentes en la sociedad dejan de serlo. Todos conocemos á los que se comen las uñas con un afan antropófago, á los que hablan solos, á los que se levantan en la reunion mas seria, y convulsos y nerviosos enderezan un cuadro que no pueden ver torcido, y á este tenor aberraciones por el estilo. Pues bien, este hecho me recuerda una idea que mas de una vez ha rodado por mi imaginacion. Convencido como lo estoy por mí mismo y por la autoridad de otros, en-

(1) Este escritor satírico nació en Rotterdam año 1467 de un ilegítimo matrimonio y murió á los 69 años y meses de edad. En 1509 compuso en Inglaterra y casa del gran canceller del reino, Tomás Mooro, su *Stultitia laudatio*.

tre ellos por la del licenciado Gerónimo de Mondragon, escritor del siglo XVI, de que la diferencia que existe entre los que el vulgo llama locos y los que lo son en efecto con el título de cuerdos, consiste solo en que los primeros son menos y diversos los objetos de sus manías, y los segundos son mas, ocultan las suyas, y se adunan para el solemne disparate de probar que son cuerdos: bien persuadido, de que los menos sufren su encierro por la ley de las mayorías ficticias, y que el día que puedan ejercer igual derecho, atarán ellos á los que ahora los atan, fuera un gusto que llegara este caso, y se llenaran de otros, y acaso mas meritorios inquilinos las casas de locos. Bien mirado no me parece que vamos muy lejos de este camino.

Los tenidos por locos ignoran todo cuanto les rodea; llega serena la aurora y ellos rien: llega la noche de tempestad y ellos rien. El mundo se conmueve; las sociedades tiemblan; las potestades de la tierra se hunden; el crimen se entroniza; la virtud se proscribe, y ellos rien tambien. Para ellos no hay jamás realidad. Envueltos en una niebla de ilusiones, comen y viven sin acordarse de ayer, sin padecer hoy, sin pensar en mañana. No siente su corazon el peso de la ingratitud, ni el torcedor de los remordimientos. Presencian sin afectarse las injusticias de los hombres y no temen los castigos del cielo. No tienen idea real de sí mismos: su posicion les es desconocida: ignoran por qué se les mira y se les compadece: el bien y el mal, la virtud y el crimen, el amor y el odio, la gloria y el infierno, todo le es indiferente. ¿Y esto no es ser feliz? ¿Y tú, cuerdo, le tienes compasion? Tú, que ves la luna melancólica y la contemplas, y te sonries y rueda una nube que por un momento intercepta su luz, y al aparecer de nuevo, pura como antes, ya sorprende en tus mejillas lágrimas de fuego que las abrasa y las seca? ¿Y te tienes por feliz, y le tienes á un loco compasion? Ah! no: déjate de eso.

Dios, movido sin duda por las plegarias de un padre, dijo: "Tú qué quieres? Bien: ese joven que encierras por loco; ese hijo que lloras como desgraciado te volverá á conocer y á respetar. Yo le daré lo que le quité." Y se hizo, y volvió á su razon. Velo ahora pues, lector mio, asustado de lo que comprende, conmovido de lo que ve, triste, llorando lo que perdió. Aquel mismo que con su desnudez retaba al hombre y á los elementos, ahora se arropa y tiene frio, ahora tiembla, ahora tiene hambre, ahora siente.... Ahora sí que es infeliz. *La locura es una felicidad.*

Haciéndome argumentos ad hominem, tal

vez haya algunos que me digan: "Tú, por lo visto, querrias ser tonto, querrias ser loco." Magnífico argumento por cierto, muy bien tenido; pero es el caso que se me ocurren dos contestaciones. Primera: que aunque quisiera serlo sucederia lo mismo, porque hartas pruebas doy de serlo, tomándome la incomodidad de enjaretar este no pequeño artículo, cuando ó no se leerá, ó no se querrá entender, ó se criticará, ó será condenado porque con sus doctrinas y aun con su forma no se esté de acuerdo. Segunda: el hombre tiene una pasion y es infeliz con ella: y le engañan y lo sabe, y llora y se le burlan, y con el corazon destrozado se queja y se le rien, y él jamás deja de querer, ni busca su tranquilidad si ha de renunciar á su pasion. ¿Por qué este hombre contesta: "yo quiero padecer así y no quiero mi felicidad?" Por lo mismo que yo contesto: no quiero ser tonto, no quiero ser loco: en esto mismo se prueba que lo soy, pero no quiero esta felicidad.

Concluyo, amabilísimos lectores que habeis tenido la paciencia de llegar hasta aquí en tan penosa jornada. Yo os doy gracias; pero no esperéis que os pida indulgencia, porque el tonto para pasarlo bien no la necesita. No busco tampoco vuestra sancion, porque el loco para aferrarse á una idea no necesita la de nadie. He querido solo manifestaros mis principios sobre tan importante materia, que vosotros seguireis ó nó, segun mejor cuadre á vuestros intereses. Siempre ha sucedido lo mismo: callar las razones ante los intereses. Esta ley es la mas lógica y la mas puesta en boga. A mí me guia y espero que os guie; pero estoy seguro que si sabeis aplicarla, al fin y al cabo convendreis conmigo en que *la tontería es un bien y la locura una felicidad*

FRANCISCO DE RAMOS.

TEATRO PRINCIPAL.

POR QUINIENTOS FLORINES, *pieza en un acto.*—EL TÍO CANIYITAS.

El jueves último se puso en escena esta funcion, de la cual vamos á decir pocas palabras.

Por quinientos florines es una pieza francesa larguísima, pesada, sin chiste, y de argumento pobre, de esas que se escriben en el vecino imperio sin otro objeto que el de poner en caricatura á los hijos de Albion, los cuales á su vez les pagan sus burlas, cuando pueden, con algo mas que piezas en un acto. Como el ridi-

culizar en la escena á un inglés es allí lo mas popular del mundo, hay actores que se dedican esclusivamente al desempeño de esta clase de papeles, y que estudian y hasta daguerreotipan el acento, los modales y las escentricidades en el carácter y en el modo de vestir de sus vecinos del lado de allá del canal de la Mancha, labrándose con ello una reputacion en los teatros de Francia. Para tales actores es para quienes tales obras se escriben, y á condicion de que el papel del protagonista se haga bien, todo lo demás pasa desapercibido.

La pieza en cuestion se reduce á lo siguiente.

Un abogado de Baden se ausenta por poco tiempo á asuntos de su profesion, y á su señora, tipo muy francés y nada aleman, se le antoja entonces hacer una escapatoria por esos caminos como chico que hace rabona de la escuela, dejando encargada su casa á una exclusiva criada.

Pero esta criada tiene un novio, y este novio no puede casarse con ella si no posee quinientos florines; cosa bien difícil, pero que sin embargo logra con facilidad mediante las extravagancias de un lord inglés. Este llega á Baden con su esposa enferma, no encuentra donde alojarse, y ofrece quinientos florines por una habitacion para ambos. Los novios, aprovechándose de la ausencia de sus amos, le ofrecen aquella casa, cuyo alquiler es pagado en el acto. Sin embargo, llega el dueño, hay sus escenas de embrollo y de no entenderse, llega despues la señora y se entienden menos, hasta el punto de hacer forzosa la intervencion de un comisario de policia. Por fin, los culpables aparecen pidiendo perdon, y caten ustedes aquí una pieza que pudiera durar un dia entero como dura una hora muy larga. En sacando y metiendo al inglés de cuando en cuando para que chapurree y gesticule, que es el objeto único y solo de la produccion, no se reconoce allí otro límite ni otro término que el cansancio de los espectadores, los cuales se aburren por lo comun mucho antes de que concluya aquella.

Como se vé, aquí no hay mas que un papel. Verdad es que tampoco hay mucho mas de que disponer en el teatro Principal. Este papel estuvo á cargo del Sr. Sanchez Albarran, quien lo egecutó muy bien.

Pasóse de aquí á *El tio Caniyitas*, reverdecido en este teatro al calor de la Señorita Ramirez, encargada del papel de *Lagartija*, y de la señorita Hernandez que, trocando de sexo, hizo de *Repampliyo*.

Como no hay para qué decir nada de esta zarzuela, largamente vista y revista en todos

los teatros de Cádiz, habremos de recintarnos á la egecucion.

Esta, y valga la verdad, fué bastante mala. Allá van razones, puesto que los aplausos no siempre lo son.

La señorita Ramirez, que es una buena actriz y una buena cantante, no pudo imitar un tipo que no conoce. Sabrá lo que son manolas, pero no sabe lo que son las gitanas del barrio de la Viña, y creyó que todo ello no consistía mas que en salir con ambos brazos en jarras, no moviéndolos de esta postura sino en las dos ó tres veces en que se le deshizo el peinado, circunstancia que, sea dicho de paso, le proporcionó repetidas ocasiones de hacer gala de su buen cabello. Otro tanto decimos de los gestos con que anima su movible y espresiva fisonomía. Ellos son tan graciosos como se quiera; pero no imprimen al papel su carácter propio.

Ni lo sentimos ni la culpamos por eso ciertamente. Quien no contenta con sus triunfos de zarzuela se ha lanzado á merecer la verdadera corona de artista; quien se ha levantado hasta egecutar con aplauso el terceto de Hernani, el rondó de Lucía de Lammermoor, no era fácil esperarse tener que hacer nunca el papel de *Lagartija*. Es un estudio que no podía entrar en su cálculo. La apasionada dignidad de la amante de Edgardo se aviene demasiado mal con la procacidad gitanesca y con los jaleos de la taberna del tio Chico para que quepan ambos tipos en la cabeza de una misma actriz.

La señorita Hernandez, como hija de la tierra, no solo supo dar á su papel el verdadero colorido que en sí tiene, sino que además cantó muy bien su parte. Fué la escepcion, en punto á desempeño, del general de aquella noche. Y eso que hacia un papel de otra cuerda.

El Sr. Vega estuvo bien poco feliz. Con decir que no logró un mal aplauso para él, donde hubo tantos de sobra, está dicho todo.

Mas alcanzó el Sr. Crescy con no mayor causa.

El coliseo lleno hasta rebosar por las cazuelas. Ya sabe la empresa á que atenerse.

Siga su curso
la procesion.

El teatro Principal se halla actualmente en uno de esos períodos de expansion en que todo se aplaude. Váyase por aquel otro en que hallaba empalagosa *La Farsa* de Scribe y sorporífero á *El sí de las niñas*. Váyase por aquel

en que silbaba á *Maria di Rohan* y á *Linda di Chamounix*. Pobre arte!

FRANCISCO FLORES ARENAS.

DOS PALABRAS SOBRE LA HISTORIA DE CÁDIZ.

El grande y merecido éxito que obtiene esta publicacion, bien así como el estado en que hoy se halla, nos fuerzan á hacer algunas reflexiones á su autor, nuestro especial y buen amigo D. Adolfo de Castro, por si le parece oportuno modificar alguna de las condiciones de su prospecto.

Una costumbre, que nosotros creemos perniciosa, le hizo fijar, si bien de un modo aproximativo, el número de entregas de que la obra debiera constar; pero si esto es posible en trabajos ya preparados de antemano, en libros traducidos, y en originales ya terminados, ni lo es ni fuera conveniente que lo fuese cuando lo que se publica es lo mismo que se está escribiendo, que es el caso en cuestion.

El comprometerse á dar un determinado número de entregas, es como ligarse á encerrar en un círculo dado cosas que no pueden serlo sin que pierdan de su importancia y de su mérito intrínseco. Y de seguro ninguno de los que se suscriben será tan necio que prefiera poseer una obra incompleta, á trueque de una cantidad en sí corta, y á la que hace insignificante la circunstancia de ser desembolsada muy poco á poco.

Calculando pues, por lo que va publicado lo mucho que aun queda por decir, nos hemos convencido hasta la evidencia de que ó el Sr. de Castro no puede tratar sino muy á la ligera la parte mas importante y de mayor interés de su excelente obra, ó de no hacerlo así, como no debe, habrá de ampliar el número de las entregas que en un principio creyó suficientes. La eleccion entre ambos extremos no nos parece dudosa. Los suscritores mismos, por un interés bien entendido, no pueden resignarse á que se les prive de una narracion circunstanciada de hechos que podemos llamar contemporáneos, en los que Cádiz y su provincia aparecieron con tanta gloria. No es la historia de Cádiz, es la historia de España en uno de sus mas grandes períodos, la que va á ser objeto de los trabajos del Sr. Castro.

Debe por tanto dicho señor dividir en dos tomos su obra, si es que ha de ser toda ella digna de lo que con tan general alabanza va publicado hasta ahora.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

No ha habido este año Longchamps. El sol, que estaba radioso y deslumbrante, se ocultó de súbito para no tentar á las lindas penitentes que con piedad seguian los sagrados ejercicios de la semana santa. Si hubiera habido sol, quién sabe?... La tentacion es tan pronta y la coquetería es tan fácil! El pensamiento de ir á hacer gala de un sombrero nuevo que sienta á las mil maravillas, ó de vestir un traje, no visto hasta entonces, habria tal vez turbado el recogimiento de mas de una hermosa dama.

Pero el tiempo era tan frío y tan negro, llovía tanto, que Longchamps no ha tenido por toda solemnidad sino los honores de *El Figaro-Programa*. Bajo este epígrafe: *Hé aquí lo que se ha visto en Longchamps*, el pequeño Figaro ha representado á Longchamps el primer día completamente desierto; el segundo con algunos perros errantes y un piquete de soldados, y el tercero con algunos carruages de anuncios. No es posible pintar mejor á Longchamps en 1858.

El verdadero Longchamps se ha tenido el día de Pascua. En buen hora. La moda estaba de fiesta, y todas las novedades de la primavera han desplegado su elegante fantasía.

En primer lugar sombreros frescos y encantadores, cada cual de distinto género, indicando el talento de la modista que le ha creado, porque un sombrero tiene su estilo y su colorido, y dice, como una pintura, á qué escuela de buen gusto pertenece.

Los sombreros de la casa Leroy-Mariton cantan la primavera, la verdura, las violetas y las lilas. Al rededor del ala y casi en el interior, coloca violetas, lilas, lirios de los valles, flores de Judea ó de citiso blanco. Todo esto es muy dulce, muy poético, sienta muy bien, cuando se tienen veinte años, pero nada de esto conviene cuando llega el otoño de la belleza.

Sucédele á esto lo que al color blanco. He visto en esta primera fiesta de la naturaleza, el día de Pascua, algunos otoños con traje de muselina blanca forrado de tafetan de color. Nada es sin duda tan elegante como un traje de muselina de doble falda, con fondo sembrado de bordados, y orlado de una guirnalda de bordados y de malinas sobre un transparente de tafetan malva, de tafetan azul de China, verde azof, ó bien de tafetan grosella de los Alpes; pero para esto se necesita juventud y belleza.

A los cuarenta años una hermosa dama

debe abdicar el color blanco, y dejar todos los frescos deshábilles de tarlatana y de muselina de la casa Jourdain á las jóvenes y encantadoras mujeres, á quienes se les puede llamar todavía *señoritas*.

El buen aire es un estudio y una ciencia que depende siempre de un *guardapies* inteligente y bien comprendido. Quitad á una bella dama el *guardapies-ahuecador* de la casa Constant-Jourdan, y le quitais todo su buen aire. En vano querreis reemplazar aquel por tres ó cuatro enaguas almidonadas: de seguro no obtendreis el mismo efecto. Cuatro naguas almidonadas abultan las caderas y hacen parecer fardos á las mugeres, mientras que un ahuecador ensanchado por abajo en forma de abanico las hace mas altas y delgadas.

Comprendo la indignacion de los señores críticos cuando ven esos ahuecadores estravagantes, que hinchán á las mugeres como campanas; pero cuando aquel está disimulado bajo los pliegues del traje, ensanchándose solo por la parte inferior de la nagua, entonces fuerza es conocer que ciertas damas tienen hoy el talento y el gusto de vestirse bien.

Volvamos á los equipos de primavera del día de Pascua.

Algunos trages han llamado la atencion de las mujeres aficionadas al gusto parisiense.

Por ejemplo, un traje de tafetan malva, sembrado de ramitos recamados de capullos de rosa. ¡Qué gracioso chiné! No os parece así?

Despues un traje de tafetan gris, con esterillas de pasamanería escocesa colocadas en anchos nudos al lado, y cayendo en bellotas, tambien escocesas, con dos filas de esterillas que pasan en forma de collar de un nudo á otro. El mismo adorno en el corpiño y mangas.

¿Y las confecciones?

Chales de capuchon y chales medio escotados guarnecidos de encaje, de guipure y de deshilado.

Las flores no tienen los honores exclusivos de los sombreros de primavera. Ellas los dividen con las plumas escocesas, las plumas rizadas y las plumas de campanilla de Mlle. Lucy Schone. Las plumas están aun por cima de las flores en los equipos de gran gala. La recién casada lleva sombrero de plumas para pagar sus visitas de boda, porque las plumas le estaban prohibidas cuando la llamaban *señorita*, y con frecuencia ella no busca marido sino para tener un sombrero de plumas, un chal de cachemira, un aderezo de brillantes, y joyas de la casa Ch. Menard.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gro con doble falda. Monillo con toquilla de encaje; mangas de buche á lo María Stuard. Sombrero de crespon blanco adornado con blondas y plumas. Manteleta *María Luisa* de glasé negro con punta redonda por detrás, adornada con cuatro filas de borlitas negras y un gran fleco: sobre la espalda, toquilla formada de tres pliegues y rodeada de un encaje de guipure.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gro de *Tours*, con listas atravesadas. Monillo sin faldeta con cinturon de la misma tela muy ancho y rodeado con un rizado escocés: manga doble, una en forma de toquillas á puntas adornada con el mismo rizado, así como la otra que se sujeta á medio brazo: manguitos blancos á lo Luis XIV. Pequeña toquilla cruzada sobre el pecho. Sombrero de crespon y gro con adornos de tafetan escocés. Sobretudo *Emperatriz* de gro negro formando un pañolón de tres puntas marcados por listas de terciopelo negro. Este sobretudo es muy elegante bordándolo de pasamanería: al rededor un ancho volante mitad de Chantilly y mitad guipure: los dos picos son muy largos y terminan en una borla: en los hombros grandes borlas de cordonero.

TERCER FIGURIN.

Vestido de moiré antique: monillo con toquilla de tres pliegues guarnecida de Chantilly: mangas de toquilla con jokey á pliegues y adornos del mismo encaje. Sombrero de crespon y tafetan. Sobretudo *Ristori* cayendo hasta el final de la enagua y describiendo tres grandes pliegues. Ondulaciones de pasamanería con caireles y un gran fleco de seda torcida y rizada, y caidas de cuentas y felpillas: capuchon con tres puntas y tres grandes borlas formando una esclavina con los mismos adornos que el sobretudo.

CUARTO FIGURIN.

Vestido de gro con ramos chiné, de dos faldas, colocándose en la segunda un rizado á la antigua. Manteleta *Fontanges* con dos cabos largos redondos, adornada con cuatro filas de bellotitas y un fleco hasta el brazo: sobre la manteleta toquilla pequeña formando pliegues rodeada de un encaje de Chantilly.

Sombrero de crespon y tafetan adornado con blondas y pasamanería: en el interior blondas y cintas: cabos de gro blanco.

QUINTO FIGURIN.

Vestido de popelina con listas estrechas de raso del color del vestido. Sobretudo *Ma-zeppa*, formando una pequeña visita de gro negro con cabos cuadrados por delante: el adorno consiste en una redecilla de terciopelo negro ó de pasamanería con bellotas: sobre la espalda toquilla de tafetan con el mismo adorno. Sombrero de crespon, tafetan y encajes negros.

SESTO FIGURIN.

Vestido de gro liso. Manton *Princesa Oude* de gro negro rodeado de ricos medallones formando alegrías, estilo Indiano, y un gran volante de encaje: en la parte alta esclavina redonda de Chantilly. Sombrero de crespon con la copa en forma de toquilla, y á los lados ramos de plumas.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

MÓNILLO PARA VESTIDO DE SEÑORA.

- N. 1 Delantero.
- 2 Espalda.
- 3 Costadillo.
- 4 Manga.
- 5 Jokey.
- 6 Conjunto del vestido de señora.

VESTIDO PARA NIÑO.

- 7 Espalda.
- 8 Delantero.
- 9 Mangas.
- 10 Jokey.
- 11 Cabos.
- 12 Conjunto del vestido de niño.
- 13 Cofia de blonda mate adornada de primavera rosa y terciopelo del mismo color, así como los cabos y los moños.
- 14 Papalina de mañana de blonda gros rosa y negro, formando rizados de los dos colores.
- 15 Cofia ó adorno de terciopelo labrado rosa y dos blondas anchas que se mezclan con el moño de atrás, que es del mismo terciopelo.

16 Adorno de redecilla de terciopelo punzó guarnecido de una trencilla del mismo color, al rededor de la cual se pone una puntilla de encaje negro que se vuelve sobre la redecilla: detrás moños de terciopelo con cabos largos.

17 Esclavina con *quilles* para adornar un monillo y los costados de la enagua. El fondo está compuesto de embutido de encaje negro y cuadritos de pequeños terciopelos; moños en los hombros y detrás, á la española. Las *quilles* se rodean de embutidos y cuadritos de terciopelo, y en medio un buche de tul de simpatía, sobre el cual hay moños de terciopelo: al rededor un rico encaje de Chantilly: por el escote una puntilla de blonda.

18 Cuello de muselina al sesgo con nuditos formando cuadros y una cinta pasada por debajo del cuello.

19 Cuello con dos guarniciones de muselina formando pliegues redondos. Corbata de cinta.

20 Mangas para acompañar al núm. 18.

21 Mangas para acompañar al núm. 19.

22 Alfabeto: al pasado.

23 José Jasme Gonzalez: al pasado.

24 A. M.: al pasado.

25 Ana.: id.

26 Emilia.: id.

27 E. G.: id.

28 María.: id.

29 A. V.: id.

30 M. V.: id.

31 T. G.: id. con flores.

32 S. N.: id.

33 R. C.: id.

34 A. P.: Enlazadas.

35 M. F.: id.

N. 1 y 2 Capillo para niño: feston.

3 á 6 Guarniciones para diferentes usos: al pasado, feston y ojetes.

7 Escudo: al pasado y cordoncillo.

8 Id. con la inicial M.: punto inglés id.

9 y 10 Cuello y puño: feston y embutidos calados.

11 y 12 Id., id.: bordado ligero.

13 Embutido: al pasado.

14 Guarnicion para calzoncitos: al pasado y chícharos.

15 Escudo con las iniciales P. L.: al pasado.

16 y 17 Cuello y guarnicion: punto de rosa.

18 Esquina de pañuelo: al pasado y bordado ligero.

- 19 Embutido: id. y feston.
- 20 Id.: feston.
- 21 Id.: punto inglés.
- 22 Cartera: se borda sobre piel de Rusia; las hojas al pasado con seda verde y los adornos con cordoncillo de oro, y en el centro cuentas negras.
- 23 Esquina de pañuelo: al pasado, feston y punto de rosa.
- 24 Escudo: al pasado, feston y punto ligero.
- 25 Id. con las iniciales L. B. M.: al pasado fino y punto de armas.
- 26 Esquina de pañuelo: id., id. y feston; la rosa punto de pluma y calados en el centro y en el interior del feston punto de escala.
- 27 Guarnicion: al pasado, punto de pluma y bordado ligero.
- 28 Id.: feston y ojete sombreados.
- 29 Escudo con la inicial B.: al pasado.
- 30 A. G.: al pasado y bordado ligero.
- 31 P. E.: al pasado y chicharos.
- 32 P. C.: id.
- 33 A. B.: id.
- 34 C. W.: id.
- 35 M. C.: id.
- 36 A. S.: feston.
- 37 A. F.: al pasado y adorno.
- 38 E. S. S.: id. y punto de armas.
- 39 E. V.: id.
- 40 L. C.: id.

UN EPISODIO DEL MUNDO.

POR

CARLOS FRONTAURA.

Porque quien mas en los principios fia
no sabe adonde ha de acabar el dia.

(LOPE DE VEGA.—*La Gatomaquia*.)

I.

La casa de la marquesa de V.... era por los años de 183... una de las mas favorecidas por la aristocracia madrileña, y por esa otra clase de gentes, permítasenos el modo, que sin poseer pergaminos de nobleza, ni escudos de armas, ni cosa que lo valga, y ya suponen mis lectoras que este *ni cosa que lo valga*, quiere decir *dinero*, tienen el loco plurito de hacerse presentar en las tertulias y reuniones del gran tono, unos para darse importancia de personas de suposicion, otros para darse á los placeres gastronómicos y otras debilidades por el estilo.

Todos los lunes recibia la Exema. Sra. desde las doce de la noche en adelante, y es fama que á la noble momia, porque momia era lo que parecia, le agradaban mucho mas aquellas noches que las del resto de la semana.

Y nada habia en esto que extrañar.

Fernando, jóven, hijo de buena y honrada familia de Cádiz, derrochador del capital que el autor de sus dias reuniera despues de prolijos años de constante trabajo y severa moralidad, jugador perpetuo y calaveron de esos *con título y estudio abierto*, habia sido presentado á aquella reina viviente, sarcasmo de la hermosura, que, al verle buen mozo, aunque lleno de todos los vicios que ella misma confesaba, hubiera tenido á nacer hombre, empezó á cobrarle cierta aficioncilla, trocada al poco tiempo en pasion desenfrenada. Fernando era todo menos torpe, y advirtió que la marquesa le miraba con tiernos ojos; bien es verdad que la misma observacion pudiese haber hecho cualquiera, pues la marquesa tenia tiernos los ojos, y ribeteados de una línea sonrosada y brillante. Estas insinuantes miraditas, las pérdidas continuas que experimentaba en el juego, la turba de acreedores (gente de suyo incivil y pegajosa) que le tenia puesto sitio y una carta del honrado padre, que, remitiéndole lo preciso para el viaje, le mandaba volver inmediatamente á Cádiz *de donde, le decia, no volverás á salir en tanto que yo viva, porque sé que en Madrid eres un perdido, saco de vicios que fomentan y explotan los que se llaman tus amigos, halagando tu vanidad y labrando tu desgracia,* determinaron al resuelto mozo á declarar á la vieja un amor que estaba lejos de sentir, pero que á maravilla fingía, puesta la mira en el ageno oro, con el que imaginaba salir de *ciertos apurillos* y volver á gastar y triunfar, para atraer en torno de sí á la desbandada corte de jóvenes á la moda, que, previendo sin duda la caída de aquel monarca, dedicábase, abandonándole, á escitar el orgullo de algun otro aspirante á ser su soberano.

Y en tanto que el mancebo acariciaba idea semejante, y empleaba los últimos y alambicados recursos de su talento, para que un prestamista, con equidad le facilitase mil reales, sin mas usura que un 100 p.%, en Cádiz una jóven de diez y siete años, pura como su amor, hermosa como sus ilusiones, lloraba lágrimas de íntimo pesar, sabiendo que el hombre que habia cautivado su alma, el que primero habia hecho nacer en su pecho un deseo y una esperanza, lejos de ella vivia entre la deshonra del vicio, olvidado ya de que en otro tiempo animára su corazon bueno y ge-

neroso, y de que cada una de sus faltas eran un día menos de belleza para ella, que en el rostro refléjase los pesares del alma, y un año menos de vida para el anciano que, esclavo de su deber, había llegado á la edad en que viven los padres mas que para sí para sus hijos, sintiendo frustradas sus esperanzas y temiendo la deshonra de un nombre, que con una pura conciencia, formaba su mas preciado tesoro.

II.

—Marquesa, esta noche la encuentro á V. casi diré que rejuvenecida, decia una noche el tronado galán á la anubarrada señora.

—¡Adulador! murmuró ella, haciendo un gesto, que puso en inminente peligro á uno de sus dientes.... postizos de salir de la boca, ni mas ni menos que poco á poco habían ido saliendo todos los que natura le diera. ¿A cuántas dice V. lo mismo al cabo del día?

—A ninguna, señora, repuso aquel, procurando dar á su rostro cierto aire de sentimental displicencia, y á sus palabras un tono de hombre gastado. ¿Creerá V. que ya no me dicen nada la belleza ni la juventud?...

—Si no le diré yo nada! pensó entonces la marquesa. Cómo, amigo mío! Pues qué, se ha gastado ya ese corazón de veinte y cuatro años, que ni late cuando siente cerca de sí (y se aproximaba) el aliento de una mujer en cuyos ojos se pinta el amor y la felicidad?

El joven la miró entonces, y llegó á creer estar en amena plática con un mochuero.

—No, no me ha comprendido V., marquesa: lo que quiero decir es, que ya me hastían esas mujeres jóvenes, que pretenden dominarnos ó imponernos con su hermosura; esas mujeres que exigen como un deber nuestro cariño, y nos hacen limosna del suyo; esas mujeres que aman con frenesí dos días, y cuando apenas nos han dejado entrever la felicidad, se nos escapan de entre las manos y lanzándonos al rostro un sarcasmo ó un insulto, pasean ufanas por delante de nosotros al nuevo galán, que no tarda en sufrir la misma suerte; esas mujeres que quieren lo mismo á uno que á otro, solo que fingen querer mas al que tiene mas condiciones de *marido*; todas esas mujeres, en fin, que hacen las delicias del sexo feo, tonto y vulgar; del sexo feo y tradicional.

—Jesus, qué ideas! dijo la vieja cuando hubo terminado su explicación, y un poquito picada en su amor propio de mujer, si bien no había por qué, pues Fernando hablaba de las mujeres jóvenes y ella era una mujer ex-jóven. ¿Qué es la vida sin amor? ¿Qué un hom-

bre sin una mujer que se interese por él, que le cuide, que le ame en fin? ¿Qué una mujer aislada sin una alma que responda á la suya, sin un hombre á quien confiar su honor, joya que mal pudiéramos guardar nosotras mismas?

—Aun no me ha comprendido V., volvió á repetir el joven que ya empezaba á sudar.... Me explicaré con mas claridad. Yo seria completamente feliz si lograra correspondencia de una mujer que, por sus circunstancias especiales, me amara á mí solo.... en quien no reparasen los demás hombres; de una mujer á quien yo pudiese ver cuando quisiera, á solas, en su casa, fuera de su casa, en todas partes; de una mujer, en fin, que fuera mia; que sintiera un amor inmenso, inextinguible, ideal, libre de materialismo....

El sudor le corría por las mejillas y los oídos le zumbaban como un avispero: la marquesa vino á sacarle del dédalo en que se perdía.

—Ay! exclamó, dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sofá, con el mayor cuidado posible para no hacerse daño.

—Marquesa, ¿qué es eso? ¿se pone V. mala? preguntó el mancebo, tomándola una mano.

—No! no es nada, dijo ella.... Hace aquí tanto calor.

—Apóyese V. en mi brazo y daremos una vuelta por los salones, añadió él poniéndose en pie....

—Sí! sí! apresuróse á contestar la ex-contemporánea beldad, imitando la acción de su presunta víctima.

Y ambos atravesaron el salón del baile donde había tenido lugar aquella conversacion; él erguido como un álamo, ella agoviada como un saúce, no sin que en ellos se fijasen las miradas de los tertuliantes, entre los cuales se oían estas ó parecidas observaciones.

—Mira, chico, el año del hambre y

—La primavera y el invierno!

—La necesidad y la gana de comer.

Y sonó en el piano un delicioso wals y todos se separaron, unos para bailar, otros para dejar bailar.

Nuestros dos personajes se encaminaron á la sala de juego.

—¿Quiere V. que juguemos? dijo ella.

—Phs! si V. lo desea.... contestó él dando desde el fondo de su alma un voto de gracias al prestamista que le facilitó 1.000 rs. por 2.000.

—Pues al caballo una onza.

—Yo á la sota, otra.

Y ambos callaron, ella deseando perder, él deseando ganar. El banquero iba pasando cartas.

—El caballo! dijo.

—Ganó V., marquesa.
 —Afortunada en el juego, desgraciada en amores, observó la vieja. Probemos otra vez.
 —Otra onza?
 —Otra.
 —Yo á la sota.
 —Pues yo tambien al caballo.
 —Sota!
 —Estamos en paz.
 —Sigamos.
 —Sota!
 —Cuidado, marquesa.
 —Qué importa? Sigamos.
 —Sota!
 —Vamos la última.
 —Seal
 —Sota!
 —No, pues todas no las ha de ganar. Vammos otra vez.
 —Sota!

—No se canse V. marquesa, la suerte me favorece.

Pero la marquesa siguió jugando y al fin perdió una considerable suma.

Y la noche llegaba á su término y los salones quedaban desiertos.

El último convidado que aquella noche salió de casa de la marquesa fué nuestro ganancioso jóven, que al despedirse le decia, tendiéndole la mano:

—Adios, señora, pareceme que está V. vengada de la pérdida de esta noche; tal vez ganando esos míseros mil duros, he perdido mi corazon.

—Y si yo hubiera perdido en la partida corazon y dinero!

—Mejor para los dos.

—Nos volveremos á ver?

—Muy pronto! contestó Fernando, besando la mano á la marquesa.

Nunca mas! dijo al hallarse en la calle, respirando fuertemente como quien se despierta vivo y libre despues de haber soñado estar aherrojado, moribundo.

III.

Una noche, tres meses despues, á mas de cien leguas de la corte, dentro de una modesta casa de campo, cuyas tapias bañaban las aguas de un ancho y cristalino arroyo, tenia lugar una escena muy diferente de la que hemos descrito en el párrafo anterior; en una alcoba blanca y limpia como templo de la inocencia, y á la que daba entrada una salita vestida con modestia, aunque con cierta inocente coquetería, que desde luego anunciaba ser mansion de una muger, y de una muger jóven y bella.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don R. M. y G.: *Salamanca*.—Queda suscrito desde 1º de Mayo Don M. F. El nº 11 que reclamó V. le fué remitido.

Sr. Dón P. M.: *Murcia*.—Le queda á V. abonado el segundo semestre, así como lo que restaba del 1º

Sra. D^a A. A.: *Benasque*.—Se ha recibido el importe de su suscripcion.

Sr. Don B. L.: *Granada*.—Suscrito por 3 meses desde 1º de Mayo.

Sra. D^a F. de P. A.: *Valencia*.—Id. id. id. por 3 meses desde 1º del corriente.

Sr. Don J. G. y A.: *Aguilas*.—Por el correo de ayer se le remitió el tomo de *LA MODA* de 1857, cuyos 84 rs. envió en sellos de franqueo.

A LOS NUEVOS SUSCRITORES DE LA MODA.

Recomendamos á nuestras suscriptoras unos CORSÉS SIN COSTURAS, hechos á máquina, que se venden en el establecimiento de géneros de D. Manuel Lopez, plaza de los Descalzos. Decimos esto, en virtud á las comodidades de estas prendas, segun el parecer y elogio que hemos oido á varias de nuestras elegantes gaditanas.

Agotadas las obras que dedicamos para regalos de los que abonasen un año de suscripcion, hemos destinado para reemplazarlas algunos ejemplares de *LA MODA* de 1857, que es un magnifico volumen de mas de 400 paginas de selecta lectura, ilustrado con laminas, dibujos etc., etc., abonando los 24 rs. que hay de exceso.

Hemos reimpresso los números que se habian agotado del tomo de *LA MODA* correspondientes al pasado año, y el cual es una preciosa coleccion de figurines, patrones y dibujos propios para el neceser de una señorita; por tanto se halla á la venta solo para los suscritores actuales de *LA MODA*, al precio de 84 reales.

Los que gusten adquirirlo pueden dirigirse al Administrador de *LA MODA*—Cádiz—incluyéndole sellos de franqueo de á 4 cuartos ó libranzas de Tesorería, y lo recibirán á correo vuelto, franco de porte.

Los Sres. suscritores, cuyo abono haya empezado con posterioridad al 1.º de Enero, que quieran completar la coleccion, pueden pasar aviso a nuestro Administrador, o bien a los comisionados, y a correo vuelto lo recibirán.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales* por Doña María del Pilar Sinués de Marco.—*Nuevo manual de señoritas.*—*Corazones partidos, poesía* por D. Antonio de Trueba.—*Las siete virtudes capitales,* por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—*Epístola,* por D. Sebastian de Mobellan.—*Caricaturas literarias,* por D. Luis del Barco.—*¿Quién es ella?* por D. Vicente Barrantes, conclusion.—*La tontería es un bien. La locura una felicidad,* por D. Francisco de Ramos.—*Teatro Principal,* por D. Francisco Flores Arenas.—*Dos palabras sobre la Historia de Cádiz,* por D. Francisco Flores Arenas.—*Modas de París,* por la Vizcondesa de Renneville.—*Esplicacion del figurin de modas.*—*Id. de la hoja doble de patrones y bordados.*—*Un episodio del mundo,* por D. Carlos Frontaura.—*Correspondencia.*—*Advertencias.*—*Geroglífico.*

LAMINAS.—*Figurin doble de modas de señora.*—*Dibujo (zapatillas) de tapicería en colores.*—*Patron doble con moldes para vestidos de niño.*—*Bordados de diferentes clases.*—*Adornos para señoritas.*—*Cifras y nombres pedidos por Sras. suscriptoras.*—*Paisaje á dos tintas para estudio de dibujo, representando una vista de la Alsacia.*

Solucion del geroglífico anterior.

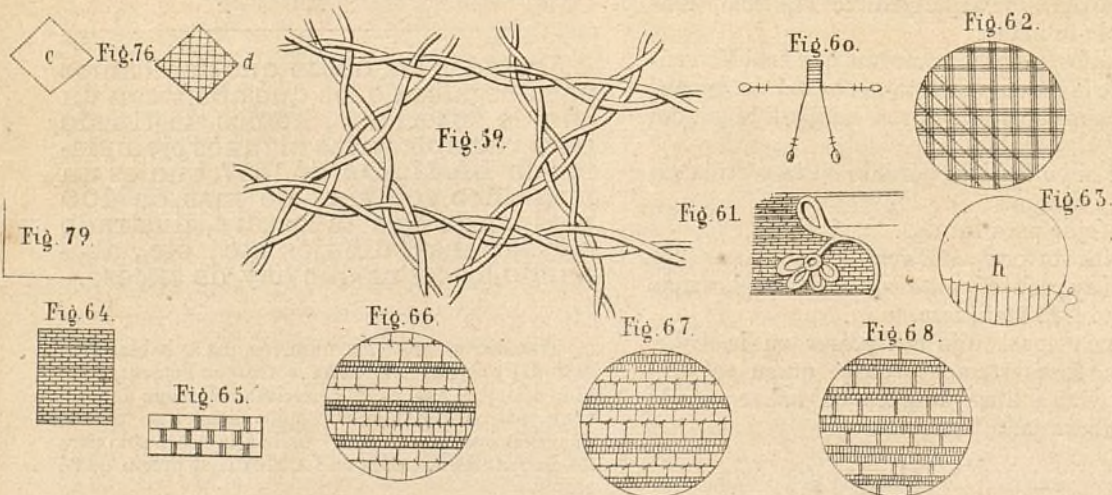
Del cuero salen las correas.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

Figuras del Nuevo Manual de Señoritas. folio 322.



Ayuntamiento de Madrid